A LOS JOVENES

El reducido y homogéneo grupo intelectual —reducido en número y recursos pecuniarios; homogéneo en ideas y edades— que desde junio de 1944 asumiera el arduo compromiso de editar semanalmente "Nuestro Tiempo", quiere decir ahora unas palabras finales. Las desearía veraces y afirmativas y si teñidas de alguna inquietud, que ésta fuese una inquietud templada. Las desearía, también, graves, con esa gravedad responsable que la hora actual exige.

No, no es cualquier cosa la tarea —tarea con que continuamos una prédica de quince años— que en un medio como el nuestro y en un momento muy preciso y trágico de la conciencia universal, nos propusimos llevar adelante. Hijos de un país americano, del país —por qué no decirlo— que en sus manos tuvo y perdió la ocasión única de asumir —sin bravatas inútiles, sin desplantes anacrónicos, siendo nada más, fiel a su íntima esencia— el "clamor continental": hijos, también, los últimos, los menos enterados, los más deseosos, no obstante, de enterarse, de una época, de un siglo, en que todo un largo período de la historia humana —el período racionalista— hacía crisis y moría; situados, en fin y dentro ya de la circunstancia nacional, entre una generación concluída —la de los epígonos del liberalismo— y la herencia por ella dejada, esto es, el vacío. Como Pascal, peor que Pascal, hemos debido avanzar entre dos abismos, sin otro asidero que el muy sutil de nuestras ideas y las huellas apenas visibles de un pasado, cuya continuidad histórica habíamos nosotros de hacer patente. Ya se reconocerá alguna vez, cuánto más fáciles, cuánto más cómodas, eran otras actitudes; cuánto más fácil hacer, por ejemplo, literatura o política o carrera universitaria o, incluso ganar dinero e influencias. Algún día no lejano, se verá claramente que fué el grupo tan combatido de nuestra generación, el único que en los últimos quince años hizo acto de presencia —de pública y colectiva presencia— en la vida nacional: el único que en su prédica ideológica y en su acción callejera, supo sentir y comprender los grandes problemas nacionales; el único, si se descuenta —por lejana y por ostentar signo espiritual tan distinto— a la generación posterior a Rosas, que supo encararse con la verdad cruda del país.

En qué medida hayamos acertado en ese reencuentro con la realidad argentina, es cosa que no corresponde a nosotros —y menos aún a nuestros vetustos adversarios— decir. Estamos seguros, sin embargo, absolutamente seguros, que no ha de pasar mucho tiempo sin que las nuevas generaciones —dejando de lado excesos ideológicos, errores y hasta torpezas en la conducta de muchos— adviertan en nuestra libre prédica el único intento hecho aquí, por una generación entera, para comprender y acercarse a la realidad nacional. No hay, en efecto, y por más vueltas que se le dé al asunto, otro ensayo público y colectivo, repetimos, de interpretación y rescate de lo nacional que el iniciado por el nacionalismo. El ejemplo de Lugones —ejemplo que recordamos conmovidos— basta de sobra a probar nuestro aserto. El pobre gran patriota, que durante cuarenta años había llenado con su intelectual presencia el arte y las letras de Hispano-América, no vaciló en acercarse a nuestros pequeños grupos incipientes, sumando a ellos el genio de su pluma.

Pero no son nuestros problemas ni nuestro caso, los que más interesan ahora; otra juventud, otra generación, hoy ya tras la nuestra. De ahí que convencidos de la verdad fundamental de nuestra prédica, queramos escuchar y hacernos escuchar de las generaciones nuevas. Con todo el ímpetu del alma quisiéramos que lo que hemos venido diciendo en esta revista y en anteriores publicaciones afines sea escuchado por las nuevas generaciones. Nos inquieta, lo reconocemos, el futuro, el destino, la "salvación" de los argentinos jóvenes. Tan dividida está la sociedad argentina, tan desprovista de legítimos grupos rectores, tan caída y empobrecida su vida espiritual, que nada sabemos de seguro acerca de qué piense y sienta la nueva generación. Ignoramos y preguntamos, si ella, como otrora la nuestra, desea edificar su vida sobre un fervor desinteresado. Si, como sabíamos y seguimos sabiendo nosotros, saben los jóvenes de hoy, que sólo al través de la continuidad compartida y "en acto" de lo nacional le es posible al ciudadano de las "patrias jóvenes", comunicar con los valores universales de la cultura. Si, como nosotros, desean, exigen, que a cualquier precio sea salvado lo que es constitutivo de la Argentina: ese modo intransferible de ser hombres —tan claro, limpio y generoso— que no obstante claudicaciones, deformaciones y cobardías, sigue siendo nuestro común y más alto patrimonio.

De ninguna de las preguntas enunciadas sabríamos dar respuesta cierta. No obstante, algo más fuerte que la duda, algo que echa raíces muy adentro en el pasado argentino, español y europeo de nuestra patria, nos confirma en la fe.

NUESTRO TIEMPO

NUESTRO TIEMPO: A los Jóvenes. — A. EZCURRA MEDRANO: La Religión Humanitaria. — M. AMADEO: Horrible Confusión. — SANSOYO: Vida y Milagros. — DIN: Al Pasar... — J. M. ESTRADA: Ideas y Razones. — S. DE ESTRADA: San Gregorio Séptimo. — C. OBLIGADO: Ausencia. — MENTOR: Tucídides y el Poder. — P. HARY (h.): Problemas del Campo. — C. A. DISANDRO: Poética. — J. VOCOS LEZCANO: Sombra Inacabada. — L. GOROSITO HEREDIA: El Viento. — RESEÑA DE LECTURA. — CORRESPONDENCIA. — TRANSCRIPCIONES de Liberatore y Papini. — J. A. RALLESTER PEÑA: Fauna Burocrática. — F. FORNIELES: Dibujos y Viñetas.

35

Escaneado con CamScanner

LA RELIGION

"Yo veo en la Iglesia dos clases de persecución: la primera en sus comienzos y bajo el imperio Romano, donde la violencia debe prevalecer; la segunda al fin de los siglos, donde será el reino de la seducción."

BOSSUET
(Comentario sobre el Apocalipsis)

En varios artículos se ha ocupado "Nuestro Tiempo" del error católico "cristiano" o "evangélico", que renace con fuerte virulencia al afianzarse el triunfo de la Ciudad del Mal. Se lo ha estudiado de preferencia en su aspecto interno, como nuevo y sutil brote de viejas herejías. Se lo ha señalado también como *la gran seducción* de las fuerzas del Mal organizadas. Es bajo este aspecto como queremos considerarlo ahora, rastreando sus raíces en la historia, averiguando qué influencias externas han actuado sobre él, ubicándolo en la corriente histórico-religiosa a que pertenece, señalando en lo posible sus más oscuros y remotos orígenes. Veremos así, más claramente, que forma parte esencial del plan satánico tendiente a instaurar en el mundo el reinado del Anticristo (1).

Corría el siglo XVII cuando un personaje misterioso que ocultaba su verdadero nombre bajo el seudónimo de Ireneo Filaleta, comenzó a predicar en Francia, Inglaterra, Holanda y Estados Unidos, una nueva religión "humanitaria" que debía establecerse próximamente en todo el mundo. "Sus escritos —dice Claudio Janet— tenían un tinte judaico muy pronunciado".

Transcurrió un siglo, y el filosofismo, cuyo jefe máximo, Voltaire, se inició en la Masonería, precisamente en una logia de Filaletas, comenzó a poner el plan en ejecución. "Se emplean dos máximas —dice José Lémann— que, después de un siglo, no han perdido su actualidad. *Todas las religiones son buenas. Los judíos son hombres como los demás.* La primera tenía por fin rebajar al cristianismo; la segunda, elevar a los judíos. Ambas, preparan el terreno, para un tiempo más o menos alejado, a la religión humanitaria". La Revolución Francesa, al equiparar las religiones mediante el laicismo y la libertad de cultos y al emancipar a los judíos, llevó a la práctica la prédica enciclopedista.

Con ser grande, el paso dado por la Revolución no fué definitivo. Su misma violencia había suscitado reacciones poderosas. Las fuerzas del Mal se aprestaron a dar un nuevo paso. Y surgió entonces la Alta Venta, poderosa sociedad secreta integrada por judíos y masones de alto grado.

El Misterio de la iniquidad empleó aquí una nueva táctica. "Nosotros no podemos marchar hacia el enemigo con la audacia de nuestros padres del 1789... Nuestros padres pusieron demasiada precipitación en todo y perdieron la partida" (2). Había que proceder en distinta forma. A la Alta Venta se le asignó la misión de destruir a la Iglesia Católica; pero haciendo la revolución no *contra* Ella, sino *dentro* de Ella. "Debemos llegar al triunfo de la idea revolucionaria por un Papa", decía el Jefe. Y las instrucciones recibidas de un poder aún más oculto y misterioso, preconizaban lo siguiente: "Que el clero marche bajo nuestras banderas creyendo siempre marchar bajo el pendón de las llaves apostólicas" (3). Sería muy largo describir la diabólica habilidad con que la Alta Venta puso manos a la obra. Crétineau Joly lo ha hecho en su interesante libro "L'Eglise romaine en face de la Révolution". Digamos tan sólo que si el plan fracasó, gracias a la asistencia divina, en lo que respecta a la conquista de un Papa, obtuvo un relativo éxito al lograr la seducción de numerosos católicos. "L'Avenir", Lamennais y el "catolicismo liberal", fueron, en parte, su resultado. De ello se gloriaba, en 1844, uno de los miembros de la Alta Venta: "En el espacio de un pequeño número de años hemos recorrido mucho camino. La desorganización reina por todas partes, al Norte como al Mediodía, en el corazón de los nobles como en el de los sacerdotes. Todos se han doblegado bajo el nivel que queremos imponer a la humanidad para humillarla. *El mundo está lanzado por el camino de la Democracia*" (4).

No menos se alegraron los judíos. "Inaugurada por la sabia y especulativa Alemania —decía "L'Univers Israelite"— la renovación de los estudios teológicos se aclimata en Francia, nación que, gracias a su espíritu generalizado y expansivo, puede ser llamada a hacer, por la *síntesis religiosa*, lo que hizo un día por la reconstitución civil y política del mundo. Y todo israelita debe experimentar el deseo de cooperar a esta obra, en que están empeñados nuestros más sagrados intereses" (5).

Mientras esto ocurría en Europa, Norte América también iba madurando para la religión humanitaria. El terreno era mucho más propicio. El puritanismo, de neto tinte judaico, como lo demuestra Werner Sombart, está en la cuna del protestantismo americano. La primera iglesia protestante establecida en América, que fué la de Plymouth, perteneció a una secta puritana, fundada en Holanda por separatistas ingleses y denominada Iglesia de Leyde. La historia de esa Iglesia ha sido sintetizada como "un esfuerzo hacia una mayor tolerancia para lograr una mayor solidaridad". Ese espíritu fué conquistando poco a poco a todas las sectas protestantes residentes en América y dió origen a lo que se ha llamado Americanismo.

En un sentido restringido, se conoce por Americanismo los errores de Isaac Hecker y el abate Klein, condenados por León XIII en 1899. En realidad, eso no fué más que la infiltración en el Catolicismo de un movimiento más vasto. Henry Bargy, en su obra "La réligion dans la société aux Etats Unis", define así a este movimiento: "Todas las Iglesias de los Estados Unidos, protestantes, católicas, judías, independientes, tienen algo de común. Son más vecinas entre sí que con su Iglesia madre de Europa; y la reunión de todas las religiones de América forma lo que puede llamarse la religión americana". Delassus, comentando esta definición, hace la salvedad de que no es exacta la inclusión de la Iglesia Católica, en su conjunto, en esa enumeración; pero reconoce que "ciertos cristianos que conservan el nombre de católicos, se aproximan demasiado a los protestantes, en América más que en parte alguna". En verdad, no sería difícil citar nombres antiguos, modernos y actuales, en prueba de esta afirmación.

El Americanismo ha sido favorecido por la enorme cantidad de sectas, que pueblan los Estados Unidos, por el fuerte orgullo nacional y racial de los norteamericanos, y finalmente, por el Judaísmo. "La República de los Estados Unidos —dice Bargy— es, en el pensamiento de los Judíos de América, la *Jerusalem futura*. El norteamericano cree a su nación la *elegida de Dios*. Y añade: "En esa confianza patriótica de los norteamericanos, los judíos han reconocido la suya. Su orgullo nacional ha venido a apoyarse en el de sus nuevos compatriotas. Tanto unos como otros esperan de su raza la salvación de la tierra". Recientemente Roosevelt, norteamericano de sangre judía, ha encarnado mejor que nadie este espíritu mesiánico y ello explica la inquietante y peligrosa mística de que ha sido rodeada su personalidad.

Entre las más importantes manifestaciones del Americanismo, cabe destacar al Unitarismo (1820-30), cuyo solo dogma era la indiferencia ante los dogmas, y al Trascendentalismo (1830-1840), que reconcilió al espíritu evangélico y al racionalista, aplicándolos a la acción social. Después de haber influído poderosamente en el pensamiento norteamericano, estas tendencias humanitarias vinieron a concretarse en varias agrupaciones: la Sociedad de Cultura Etica, prototipo de Iglesia sin dogmas, fundada por el judío Félix Adler; los "Pensadores", dirigidos por otro judío; la Asociación Cristiana de Jóvenes y el Rotary Internacional. Estas agrupaciones se extendieron por Europa y el resto del mundo a fines del siglo pasado y principios del presente, para preparar el terreno a la religión humanitaria. Llegaron a infiltrarse dentro del campo católico, favoreciendo nuevos brotes del catolicismo liberal. La vinculación de la Asociación Cristiana de Jóvenes con el movimiento de Le Sillon está plenamente probada. "Muchos de sus secretarios —dice Delassus— son redactores de "L'Eveil Democratique" y otras publicaciones sillonistas".

Paralelamente a esta difusión del humanitarismo entre los cristianos, en la que con sospechosa frecuencia hallamos la huella judía, se produce un fenómeno sumamente curioso: una evolución concordante dentro del Judaísmo. Este, poseído repentinamente de un afán proselitista desacostumbrado en él, mientras favorece la formación de un cristianismo humanitario, se prepara a su vez a recibirlo y absorberlo dentro de un israelitismo igualmente humanitario. Y para ello, sus más hábiles y calificados jerarcas se empeñan en transformarlo y adecuarlo a su futuro carácter de religión humanitaria universal.

Escaneado con CamScanner

HUMANITARIA

Si bien la tendencia reformista existía en el Judaísmo desde Moisés Mendelssohn, es a mediados del siglo pasado cuando esa tendencia se torna plenamente conciente y se encamina a la consecución de un objetivo previsto y determinado. Para ello —y aparte del fin político, que también lo tuvo— Isaac Adolfo Crémieux, alto dirigente judío, Gran Maestre de la Masonería y uno de los principales jefes de la democracia francesa— funda en 1860 la Alianza Israelita Universal. Su programa era "el aniquilamiento del error y del fanatismo y la unión de la sociedad humana en una fraternidad sólida y fiel".

¿Cómo se proponía la Alianza realizar este ideal? Su propio fundador lo explica en la primera asamblea: "Tal como Jesús ha substituído su autoridad a la de los dioses establecidos y ha encontrado su más alta manifestación en el seno de Roma: tal un *Mesianismo de nuevos días* debe salir a luz y desarrollarse: tal una Jerusalem de nuevo orden, santamente asentada entre el Oriente y el Occidente, debe substituir a la doble ciudad de los Césares y de los Papas." (6)

El "Mesianismo de nuevos días" que debe substituir a la ciudad de los Césares, es la Democracia Universal, que permitirá al Judaísmo, mediante la Masonería, el Capitalismo y el Comunismo, llegar a la Autocracia Universal del Anticristo. Y el que debe substituir a la ciudad de los Papas es un Judaísmo transformado en religión humanitaria, que reunirá a todas las creencias en una sola: la Religión Liberal del Anticristo (7).

El Judaísmo tomó decididamente la iniciativa de esa revolución religiosa. Dentro del mismo, y frente al viejo judaísmo ortodoxo, comenzó a operarse una transformación, en la que tomó parte activa la Alianza Israelita Universal. El judaísmo rabínico se fué convirtiendo en un racionalismo religioso. Gougenot des Mousseaux ha estudiado esa transformación en su obra "Les Juifs, le Judaisme et la judaisation des peuples chrétiens". "Es necesario ver en ella —dice— el signo brillante de una época nueva y el presagio de grandes acontecimientos". Las propias publicaciones hebreas, como los Archivos Israelitas, nos ilustran acerca de ese movimiento.

"Nosotros queremos marchar —dicen—. No podríamos subsistir en un *statu quo* beato e inteligente, del cual existen aún corifeos. La inmovilidad no es, en este momento sobre todo, el derecho ni la conveniencia de nadie. Unir el pasado al presente de manera a preparar el porvenir por útiles reformas hechas al caso, es el secreto de la duración para nuestras creencias. Después de medio siglo, a pesar de los gritos y protestas de lo que se titula ortodoxia, se han realizado gran número de cambios ventajosos tachados al principio de subversivos y de impíos; y aún no estamos al fin de esta fecunda transformación" (8).

"Una religión no es, a nuestros ojos, ni una moral inflexible, ni una materia inerte que se presta a incesantes experiencias; es un ser viviente, perfectible, que tiene en el pasado raíces que no es necesario cortar, y que se renueva con una lentitud necesaria" (9).

¿Qué se proponen los judíos con esta transformación? Ellos mismos lo dicen: Adecuar la religión israelita al porvenir del Judaísmo. En oportunidad de elegirse el Gran Rabino de Francia en 1868, como hubiese dos candidatos, ortodoxo uno y progresista el otro, los "Archivos Israelitas" se pronunciaron por el segundo. "Toda candidatura que nos reconduzca al antiguo sistema de estrecha casuística y que pretendiera inmovilizar los errores talmúdicos, *sería un obstáculo para el porvenir del Judaísmo* y debe ser desechada" (10).

¿Y cuál es el porvenir del Judaísmo? Ya lo hemos visto: dominar al mundo política y espiritualmente mediante un "Mesianismo de nuevos días". Para ello, había que dar a la religión judía, religión racial hasta entonces, la posibilidad de abrir sus puertas a todos los hombres, transformándola en universal. "Nuestras observancias anticuadas impiden al Judaísmo hacerse aceptar y *nos hace carecer del proselitismo que debemos ejercer*" (11). Había que darle, entonces, una base liberal y humanitaria, dentro de la cual cupieran todas las creencias. "Cada uno, siguiendo su conciencia, conservará las prácticas del culto rendido al Dios único o inmaterial, o las reformará de acuerdo con los principios de un *israelitismo liberal* y *humanitario*. Gracias a la amplitud de esta libertad práctica, el progreso vendrá y *la religión universal resurgirá sin que ninguna conciencia sea turbada*" (12).

He ahí, en síntesis, la gran seducción, la celada tendida por Satanás a los católicos. Aceptar su religión, dejándole sus formas exteriores, pero sobre una base *humanitaria* que la priva de su esencia *divina*. Reemplazar a *Cristo* por el *Hombre*. Recobrar así la supremacía que su naturaleza angélica le da sobre la naturaleza humana, y de la cual lo había despojado la elevación del hombre al orden sobrenatural. Y levantar sobre esa base la religión satánica, la religión del Anticristo.

"Y como al fin han llegado los tiempos en que los hechos se encargan de responder a las palabras, el más vasto, el más maravilloso de los templos, un templo cuyas piedras son vivientes y dotadas de pensamiento, se eleva para recibir en su elástico recinto, bajo el estandarte por siempre sagrado de la *razón* y de la *filosofía*, todo aquello que el género humano encierra en su seno de generoso, de hostil al misterio y a la ignorancia, de verdaderos hijos de la *luz* y la *libertad*. Ese templo abrigará en su interior la *religión judía*, que sobrevive a todo y que nada conmueve, religión amplia y digna de la humanidad entera" (13).

A esa religión, que no es sino la religión del Anticristo, llama Satanás a los católicos, ofreciéndoles en cambio una participación en su Principado de este mundo. Se renueva la tentación de Cristo. "Te daré todo esto, si postrándote me adoras". Pero no todos los católicos responden como Cristo: "Vete, Satanás, porque está escrito: Adorarás al Señor tu Dios y a El solo servirás" (Mat. IV, 9-10). "Tal es —dice Monseñor Meirieux— la sagacidad con que el espíritu del mal ha tendido sus lazos, que extravía a espíritus rectos, que los fascina al punto de hacerlos sus defensores. Se opera bajo nuestros ojos lo que se verá en el último día: un gran misterio de seducción. Parece, si fuera posible, que los mismos elegidos no lo coparán" (14).

Vivimos una hora de tinieblas. El Príncipe de este mundo cuenta con el poder material y parece estar próxima la llegada de aquel que vendrá "en toda potencia y en señales y prodigios mentirosos, y en toda seducción de iniquidad para aquellos que perecen, porque no recibieron el amor de la verdad para ser salvos" (II Tesal. II 9-10). En esta hora en que la corriente del Error se torna avasalladora y en apariencia incontrastable, los católicos debemos estar firmes en el amor de la Verdad. "Y así hermanos, estad firmes, y conservad las tradiciones que aprendisteis" (II Thesal. II, 14). Al que quiera conciliar la Verdad con el Error, le dirá el Señor un día: "¡Ojalá fueras frío o caliente! Mas porque eres tibio, y ni eres frío ni caliente, te comenzaré a vomitar de mi boca" (Ap. III, 15-16).

ALBERTO EZCURRA MEDRANO

---

(1) El conocimiento de la existencia de un plan satánico, da una conjuración anticristiana, de un *misterio* de la iniquidad, como lo llama San Pablo, es de capital importancia si se quiere comprender en su verdadero sentido lo que ocurre en el mundo. Desgraciadamente la mayoría de los católicos —no digamos los no católicos— ignoran el hecho, no lo creen o subestiman su importancia. Sólo Dios lo conoce en su integridad y lucha contra él, también en el misterio, mediante ciertas almas víctimas que ofrecen sus sufrimientos por el triunfo de Cristo. Véase al respecto "La Conjuration antichrétienne" de Henri Delassus.

(2) Documento del Comité Directivo. Citado por Delassus. Ob. cit. T. II, p. 251.

(3) Instrucciones secretas de la Alta Venta. Idem, T. II, p. 531.

(4) Carta de Gaetano a Nubius. Idem, T. II, p. 530.

(5) "Univers Israelite". T. V, págs. 223-1869.

(6) "Archives Israelites". T. XXV, pág. 600.

(7) "El liberalismo no es una herejía ordinaria. Ha sido justamente llamado por el Abate Chesnel la *heresiarquía*. Es la herejía propia, personal de Satanás, puesto que ella consiste, para la criatura, en usurpar en su provecho la independencia y la soberanía que no pertenecen más que a Dios, desde toda la eternidad, y en el orden del tiempo, a Nuestro Señor Jesucristo. He aquí por qué el liberalismo moderno difiere de todo lo que lo ha precedido en materia de revolución y de pecado. Es el pecado mismo, el último término y más alto grado de pecado. El liberalismo llama al hombre de pecado, prepara los caminos del Anticristo."

Chapot, "Revue Catholique des Institutions et du Droit", Sept. 1904.

(8) "Archives Israelites". T. XIX, p. 835. 1866.

(9) Idem. T. XX, p. 879. 1866.

(10) Idem. T. XII, p. 533. 1868.

(11) Ibidem.

(12) Idem. T. III, p. 118-19. 1868.

(13) Idem. T. XXIV, p. 1074. 1866.

(14) Pastoral, 1864. Citada por Delassus. Ob. cit. T. II, pág. 501.

Escaneado con CamScanner

VIDA Y MILAGROS

Juramento de hilaridad. — Como de la risa, —para esa sonoridad gutural de la risa— no hay versión escrita, me relevarás, lector, del vano intento de expresarla.

Hay veces, además, que el comentario es leve junto al texto o al hecho que se pone a glosar. Ello ocurre cuando el suceso se muestra de por sí mejor de lo que podría exhibirlo, cargando la tinta, su referencia intencionada. Para tales casos vale por todo la transcripción.

Digo esto a propósito de un cierto juramento constitucional que el Rector Rivarola propicia en aparente goce de sus *facultades* bajo la curatela del Gobierno de facto.

"Declaro mi voluntad de aprender y comprender la letra y el espíritu de la Constitución Nacional, de tenerla en mis manos y en mi conciencia como guía suprema de mi conducta; de hacerla conocer a todo habitante que la ignore; de defenderla contra toda agresión de obra o de palabra"... Así reza y luego: "juro por los sentimientos más íntimos de mi alma, por la felicidad de los seres más queridos ajustar mis actos a sus declaraciones leal y fielmente; llevarlas siempre conmigo, repetirlas en la escuela como alumno o maestro, comprenderlas, enseñarlas, observarlas y amarlas. Si así no lo hiciera que me vea privado de los beneficios de la libertad y del amparo de la justicia".

Este juramento lacrimógeno de tango, que algún día será obligatorio derramar sobre la Carta Magna debe por hoy contener una celada. Porque hay personas que si juraran por los seres queridos, resultarían muy comprometidas. En estas cosas de la vida íntima, Rector Rivarola, es preciso irse con tiento y no incurrir en temeridad. Sobretodo es inconstitucional, totalitario exigir semejante declaración jurada, ya que el art. 19 hace solemne y liberal reserva de intimidades.

Bueno, en adelante a la Constitución hay que tenerla en las manos como un papel oportuno; hay que apretarla bien, estrujarla con los dedos en calor y defenderla contra toda agresión de palabra o de obra.

Naturalmente, el Rector Rivarola omite detalles sobre las formas a emplear en la defensa y no aporta ejemplos de agresión. Si no me equivoco, sin embargo, el 4 de Junio reúne las características de una agresión de obra al sacrolaico texto. ¿Y cómo respondió a tan irreparable ultraje el filantrópico constitucionalista? Muy sencillo: ocupándose de ser Rector de la casa donde hoy penetra la Policía para asegurar los suaves goces de la libertad y para conceder un privilegio de extraterritorialidad universitaria a conocidos lugares de Villa Devoto y Ceenral Pico. ¿Y cómo ha conseguido ser Rector de la Universidad? Gracias a la agresión de obra del 4 de Junio.

Estos demócratas son así, muy sobrios y con gran sentido de la hora; por eso todos saben envejecer antes de tiempo. Estos demócratas tienen en el cráneo calvo metida la Instrucción Cívica como suma teológica. Son vivos que se pasan de sonsos.

A un desgarrante "harakiri" de risa, —no se ha visto suicidio más plausible— esto es adonde quiere llevar con su juramento el Rector Rivarola. Quiere hacer morir de risa. Pero esto es demasiado holocausto para él.

¡Pobre Mr. Churchill! Escribí alguna vez sobre él diciendo que era el último abencerraje del Imperio Británico.

Y ahora que la gente que cree en la eternidad de la reina María pronuncia la palabra Churchill entre gorgoritos eufóricos, los lúcidos no dicen si no ¡pobre sobreviviente Churchill! ¡pobre Clemenceau postergado extemporáneo y en la derecha! (En la derecha inglesa para servir a la izquierda universal).

Este hombre se engolosina con su temperamento y lo disfruta con desenfado, hecho un Nerón ante el incendio de Roma.

AL PASAR...

"La Razón", amiga del nazismo.

A título de mera información —norma, según tenemos entendido, de buen periodismo— vamos a recordar al lector que hace siete años, exactamente el sábado 3 de mayo de 1937, el diario *La Razón* —la peor razón de Buenos Aires— bajo el título enfático de *¡Alemania Resurge!* publicaba un "suplemento alemán" en homenaje "a las obras de reconstrucción del gobierno nacional-socialista", con profusas fotografías de la hoy "camarilla-nazi" y un autógrafo ¿nos animaremos a decir de quién?, del primer *criminal de guerra* de todas las latitudes, del mismo Hitler, donde leemos: "Por intermedio del diario La Razón, envío al pueblo argentino y a los alemanes de la Argentina, mis cordiales saludos".

Sobre dos privados.

El periodista es la chismosa del acontecer. Aquí en *Nuestro Tiempo* no hay tiempo para eso. Sería necesario un diario entero para asombrarse, desenmascarar, comentar el aluvión de hechos de una jornada. Nos limitamos a sufrir el país, sencillamente. Sufrimos el mundo también. Nos duele la época.

Por no estar adheridos ni amparados por el Círculo de la Prensa ni por el Rotary Club, no nos desasosiegan, pues, la privación de libertad (¿la tuvieron alguna vez?) ni de Ghioldi ni de Koifmann, directores de La Vanguardia y de Antinazi (nos resistimos a los puntos suspensivos contra natura), jugaron y perdieron aquél la euforia de plantarle frescas exhuberantes a un gobierno que se la trae y éste la pequeña satisfacción y trabajo de ser cabeza de turco de un trust de cerebelos. En el órgano socialista, se nota ya francamente falta de dirección: hay más chatura: en el otro sigue no notándose nada. Sus *entregas* (qué ajustada palabra para referirnos a ellas) de la semana pasada, son literalmente plúmbeas. Si algo nos consuela del transitorio eclipse de *Nuestro Tiempo* es vernos libres de la pesada carga de leer esas hojas que, esperemos caigan en esta propicia estación de otoño.

Pensamientos "versus" prensa.

Consideramos la libertad de pensamiento como la primera y fundamental de las libertades. Y toda censura, traba, cortapisa, fraude, engaño o adulteración de una expresión del espíritu representa una tutoría coercitiva siempre, ridícula muchas veces, con frecuencia delictuosa.

Ete párrafo, espigado por ahí, en uno de esos semanarios, es prueba de la "horrible confusión" en que se vive. Por lo que está sucediendo, parecería que la libertad de pensamiento va por un lado y la actitud de la prensa, por otro. A menos que por *libertad de prensa* deba entenderse la libertad que tienen los directores de diarios para informar lo que les plazca y/o deformar lo que informan. ¡Libre acceso a las informaciones! ¿Por quién? Seguramente —¡y eso!— por los cronistas. Pero, después, viene la censura del propio diario que filtra y/o mutila lo que quiere o lo que le ordenan sus intereses o sus tutores. El escamoteo del histórico discurso y lección de este nuevo David, que es de Valera, en respuesta a uno de los tres gigantes, es la prueba de nueve de lo que decimos.

Para nuestros amigos del interior.

Sabemos cómo, en el interior también, es esperada esta pequeña gran revista porque dice cosas que nunca se atrevieron a balbucear los diarios del Círculo de la Prensa. (A propósito: no hemos leído aún la protesta de estos defensores, por la encerrona de los dos personajes ut supra. ¿Qué se ficieron?).

Colocada la gente de *Nuestro Tiempo*, en el mismo sitio de siempre, no podía ser tragada por la propaganda —esa cátedra neoinfalible—. Veía, pues, las cosas de nuestro tiempo con mirada clara e histórica. Se trataron siempre los temas eternos y por lo tanto presentes, de cara a los problemas, pero sin alharacas. De ahí que coincidiéramos con tantos amigos distantes y que sentíamos interpretarlos en la desolada angustia de este momento, acentuada —en ellos— por la distancia. A ellos, pues, presentes siempre en nuestras notas, queremos recordarlos de modo especial, en este comienzo de paréntesis... que a lo mejor, no dura mucho.

DIN

ADVER

Los acontecimientos internacionales y nacionales, de todos conocidos, cierran un ciclo de la historia contemporánea. Esta revista, a lo largo de treinta y cinco números, ha dicho, libre y solitariamente, qué cosas y qué valores tradicionales era preciso, a toda costa, salvaguardar. A nuestro alcance no estuvo hacer más.

Consecuentes con la tesis aquí sostenida,

HORRIBLE

Quare fremuerunt gentes et populi meditati sunt inania? (Ps. II).

El señor Churchill *se ha referido* en los Comunes al momento europeo con una frase que traduce cabalmente la cruda realidad. "Europa —afirmó— vive una hora de horrible confusión".

A nosotros no nos llama la atención el hecho, ni tampoco la tan característica franqueza con que el gobernante inglés lo ha exhibido ante el mundo. Pero nos parece oportuno —ya que esta dura síntesis de los acontecimientos proviene de un testigo autorizado— subrayar su alcance y procurar adentrarnos en las causas de tan extraña situación.

¿Quién, entre los defensores de la democracia, hubiera aceptado hace dos años que al día si-

Escaneado con CamScanner

A mí se me ocurre que el isleño Churchill —salvado el consabido *mutatis mutandi*,— hoy ve el mundo como lo vería si en lugar de nacer de nuevo siguiera viviendo desde entonces nuestro también insólito Sarmiento. (Porque esta familia honorariamente española de los temperamentos no es muy larga pero todos son muy semejantes, con un parecido inmutable a través del tiempo).

Cierto, por el lado de su genio es el menos anglicano de los ingleses. Tiene algo en sus carillos, algo de esa católica *old England* alegre. Aunque a decir verdad lo encuentro exactamente con catadura de tipo siglo XVII, leal a Carlos I y exasperado por Richelieu. Debe ser terrible vivir fuera de tiempo y sin embargo influir en el tiempo, gravitar sobre el tiempo como gravitan los accidentes sobre el destino.

Churchill expresa en el inglés más puro su incapacidad para decir nada. En Churchill han sido las ideas reemplazadas por las iniciativas.

Un día, cuando Dios sea servido, probablemente el día del Juicio, va a comprender que quiso alargar la vida del Imperio y consiguió interesar en su agonía al mundo.

Normalidad. — No se puede volver a la normalidad como se vuelve en mangas de camisa de un *pic-nic*. Tampoco se vuelve cuando uno quiere sino cuando uno puede.

Por lo demás, la normalidad no es un estado de derecho sino de hecho. Mejor dicho, no comienza en un estado de derecho; no se ha de intentar la normalidad de la ley sino se cuenta con esa elemental normalidad de hecho o de hechos o en los hechos. De lo contrario, la normalidad es una ficción, un fraude, es pagarse de definiciones, de palabras y servir, mejor que mejor, a la anarquía, a la desintegración.

Antes del 4 de Junio —se puede ya hablar de antes y después, (transcurso de tiempo sin llenar) etapas en blanco, oportunidades vencidas— antes del 4 de Junio, el país buscaba un normalidad que la revolución no le supo dar. Hoy la anarquía pasiva —la falta de comprensión que ronda desde la organización nacional— se vuelve gana activa de romper vínculos, de no ser más juntos todos una sola cosa.

Cuidado vosotros, hombres demasiado prácticos, demasiado en asecho de la circunstancia. Para el acierto es tarde pero todavía se puede desacertar más. "Soluciones civiles" no equivale a "soluciones electorales". Lo civil incluye todo y lo electoral no significa nada.

Cuidado vosotros porque el que se queda es el país.

La guerra española. — Sobre el tapete otra vez la guerra civil. A los músculos españoles endurecidos por la gimnasia revolucionaria, los vuelve a buscar su entrenador.

Ya no basta el millón de muertos tendidos al borde de las profecías —danza de calaveras a los pies de una "España Invertebrada". Y habrá que comenzar de nuevo como en la anécdota picante de aquel vasco que no sabía contar.

Mucho se dijo entonces que la de España era una guerra internacional.

Y ahora se advierte que la afirmación, bien que provocada por episodios relativos, circunstanciales, era premonitoriamente exacta.

Porque se dió en España por vez primera el espectáculo que conocerá toda Europa postrada por el abrazo del oro y del odio: la guerra civil internacional. Al estilo, pienso, de las que libraban en el mundo antiguo las ciudades estados griegas.

Puede ser que no haya más guerras militares a condición de que la paz equivalga a la anarquía. Así se explica que se arrase con el derecho de gentes, única ley común de las naciones.

Y que mientras se trata como a criminales a los conductores —y a los pueblos— de las naciones vencidas, los monarcas de la recua roja española —última hez del odio— están en San Francisco a los codazos con los titanes constructores de la paz.

SANSOYO

TENCIA

advertimos que el desconocimiento público *y coercitivo de tales valores, que ya se traduce en los documentos, declaraciones y discursos de los vencedores, conducirá a la humanidad a un estado de esclavitud universal.*

Con este número, pues, esta Revista interrumpe su aparición semanal.

NUESTRO TIEMPO

CONFUSION

guiente de la victoria se pronunciarían palabras tan amargas como las que acabamos de escuchar? Desde el comienzo de la lucha, toda la literatura de propaganda ha venido remachando sobre la era de paz, de felicidad y de armonía universales que seguiría automáticamente a la derrota del adversario. A esa manida retórica han pagado tributo los conductores políticos, los diarios, todos los poderosos instrumentos de persuación utilizados como arma bélica y que tan decisiva parte han tenido en el desenlace final de la contienda.

Hémos ahora en el instante crucial. Todo cuanto los aliados han venido pregonando y descando ha cobrado realidad. El mal ya no existe sobre la tierra pues, ¿acaso no han sido aniquiladas las "fuerzas del mal"? Los ejércitos vencedores señorean invictos en suelo enemigo. Los neutrales, mínima expresión en la cifra política, se desdibujan en la penumbra hasta hacerse invisibles. Las pequeñas naciones acatan sumisas el dictamen de los grandes. Ninguna fuerza positiva se opone a la instalación de una era nueva, forjada por la mano omnipotente de la trilogía victoriosa. Un ambiente de confianza, de seguridad debería rodear, en este momento augural, los alegres preparativos para la creación de un mundo gobernado al amparo de la democracia, regido por las "cuatro libertades" y donde todo fuera prosperidad, progreso y efluvios de humanitarismo ideal.

Pero, claro está, no hay tal. A quince días de la terminación de la guerra, se percibe la misma desconfianza angustiosa que pesaba sobre el mundo en los días trágicos de Agosto de 1939. Todo está como al comienzo. O mucho peor, porque en el plano social, económico, simplemente vital, el saldo es catastrófico. La desaparición del vencido ha dejado disponible una inmensa carga de odios que busca urgentemente aplicación. Cada problema se vuelve una montaña que nadie acierta a superar. No aparece un asomo de plan orgánico, de criterio seguro para salvar dificultades que día a día se multiplican. Por otra parte, estalla incontenible la rivalidad, hasta ayer sorda, entre los vencedores. La Conferencia de San Francisco se pierde en minucias. Los augures de la propaganda anglosajona, tan melosamente amables cuando aludían a Rusia, se vuelven ahora sombríos y suspicaces. Que Tito, que Trieste, que los mandatos, que las organizaciones regionales, que Austria, que la carta de Stalin..., Francia se encrespa. ¿Dónde está su jerarquía de gran potencia, tan mentada antes de la invasión al continente? Italia —serva Italia— no recibe compensación por su triste caída.

Como telón de fondo, el comunismo traza su pincelada roja en el aire torvo del viejo mundo. Sí; tenía razón Stalin en su discurso de la victoria. Por primera vez en muchos siglos el espíritu eslavo ha vencido a Europa.

Resulta curioso advertir la tranquilidad, la indiferencia con que la gente da por sentado este fracaso y no exhibe por ello mayor asombro ni desconcierto. Ello prueba lo artificial y postizo de la propaganda color de rosa que mencionábamos recién. Hace un cuarto de siglo, cuando aún circulaba por el mundo un resto de ingenuo optimismo, hubo auténtico fervor ante el anuncio de la paz. Esta vez, un estrépito artificial, "sur commande", sustituye la alegría ausente de los corazones. Es que nadie cree ¿quién podría creer? en las rutilantes mentiras que la palabra oficial del primer ministro de Inglaterra ha venido tan ásperamente a contrariar.

Cabe preguntarse cuál es la razón determinante de esta impotencia para articular, después de tan duros sacrificios, un orden perdurable de convivencia internacional. Nos abstendremos de plantear el problema en sus términos últimos y ultrahumanos. En una concepción providencialista de la historia —en definitiva la más rigurosamente verdadera— habría que señalar el proceso de decadencia que sigue la historia del Occidente desde hace cinco siglos y del cual este episodio parece una de las etapas finales. Habría que aludir a una inexorable ley impuesta por la Caída. Pero se necesitaría ser un de Maistre para ubicar por encima del tiempo el panorama infranormal de nuestra época. Preferimos limitarnos a la tarea más modesta de descubrir las raíces inmediatas y humanas de la crisis que asoma.

Los hechos históricos no son ni absolutamente fatales ni absolutamente libres. En circunstancias dadas, es más fácil que ciertos acontecimientos acaezcan con preferencia a otros, pero no es rigurosamente necesario que ello sea así. Podría sin duda surgir de esta guerra un orden políticosocial que reemplazara al régimen vetusto a cuya liquidación asistimos. Todo, por lo demás, pareció en un momento sugerir tal resultado. Se estaba forjando en el mundo un poderoso mecanismo político, capaz —parecía— de dar tono y forma a las exigencias vitales de la época. Pero ese mecanismo ha caído en pedazos y ninguna estructura inteligente es capaz de ordenar las energías lanzadas en dispersión.

Es que la mayor fuerza material ha resultado estar allí donde más pobres eran las capacidades políticas. Este hecho capital encierra toda

Escaneado con CamScanner

la tragedia que vive el mundo contemporáneo. La doctrina política de las potencias anglosajonas se ajustaba a una etapa —el siglo XIX— de la que ya, para bien o para mal, quedan pocos residuos vivos en la época actual. Por eso, frente a la realidad presente, las fuerzas más poderosas que haya podido movilizar mano por mano con la torpeza inexperta del náufrago desprovisto de brújula en un mar desconocido. Solo en la medida en que han asimilado con recursos de emergencia el estilo del vencido, los vencedores han podido sobrellevar parcialmente el peso abrumador de su tarea. Pero esa asimilación no podía ser sino un remedio heroico y de fragmentaria aplicación. Porque a la falta de familiatidad con el tiempo se agrega la falta de familiaridad con el espacio, el anticuropeismo —ya señalado en estas paginas— de las naciones de habla inglesa.

Puesta en estos términos la alternativa, la resultante fatal sería el caos. Pero existe un significativo "tertium quid" capaz de alterar el dilema. Es el comunismo que avanza por el flanco de Europa, arrasando vallas seculares. También él dispone de fuerza material y en qué medida, lo ha probado cabalmente esta guerra. Pero dispone, además, de una fuerza de más alta jerarquía que es una coherente doctrina política y su temperamento coetáneo. Allí donde otros actúan desconcertados y forasteros, el comunismo camina seguro de sí y dueño de casa. En una época de rebelión de masas, de divorcio con las fuentes espirituales de la más pura tradición, en una Europa hambrienta y desesperada, el comunismo no puede tener rival serio. Por eso, en pura lógica, destruido el fascismo y descartado por incompetente el democratismo capitalista de las potencias occidentales, el comunismo aparece con títulos y aptitudes suficientes para imponer su nombre a la época.

Parecería, pues, que todos los signos augurales de la era que se inicia, indicaran la instauración universal del comunismo. Nos apresuramos a advertir que no es necesario, para que esto ocurra, que Rusia gobierne políticamente al mundo. Ni siquiera es tampoco necesario que la ideología comunista integral —por lo demás bastante olvidada en la misma Rusia— adquiera fuerza de ley. Basta que un espíritu coincidente con el comunismo, que el modo comunista de vida, que su tabla de valores vitales predomine en la época (como predominó en el siglo XIX la tabla de valores liberal) para que nos encontremos en presencia del hecho que denunciamos. Y por cierto que en ese camino estamos ya bastante avanzados.

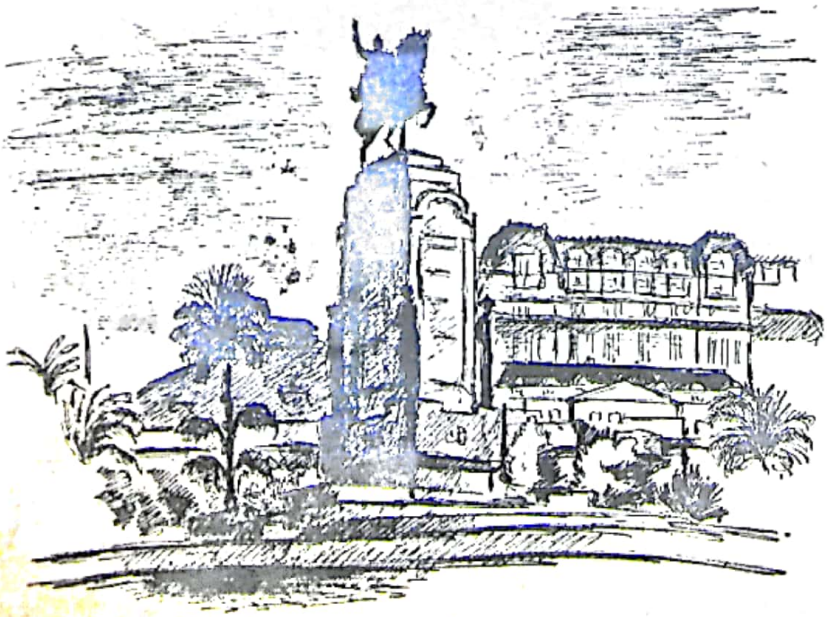
Pero, como apuntábamos hace un instante, nada hay de fatal en la historia considerada desde un punto de vista humano. Con todas las cartas a favor de que el comunismo dispone pra ejercer el dominio del mundo, no está dicho todavía que haya ganado definitivamente la partida. Existen aun esparcidas, fuerzas de resistencia que no han sido gastadas en la lucha final. A ellas se debe apelar en estas horas de zozobra.

Resulta, por de pronto, indispensable, que cada comunidad nacional que aspire a salvarse, realice un enérgico esfuerzo para sincerarse consigo misma, para ser ella misma. No es con mitos falaces ni con consignas mentidas cómo se afronta el crudo choque de los acontecimietos. Si vamos a afrontar el comunismo en nombre de tópicos en quienes nadie cree, entonces estamos perdidos. Debemos hacerlo en nombre de realidades sustanciales desprendidas de hojarasca artificiosa, en nombre de valores eternos o en nombre de valores temporales, pero en nombre siempre de lo que auténticamente sentimos como nuestro. Los mitos son ahora armas melladas que no sirven para esta lucha. De ahí la ceguera imperdonable de los que creen que hay que desprenderse de la propia personalidad para entrar en una lucha en la que lo que más se necesita es precisamente su afirmación rotunda.

Si cada comunidad de Occidente se decide a asumir esta ruda faena de ser fiel consigo misma y de empezar por armarse con armas espirituales, si, a la par de este esfuerzo, "ad extra" se realiza simultáneamente una tentativa *seria* para establecer el orden internacional sobre bases primordiales de sinceridad, entonces las fuerzas adormecidas podrán despertar y la batalla contra el enemigo común podrá ser ganada. Pero si —como lo tememos— subsisten frente a un adversario que ha intimado trato con los hechos más profundos y vitales de nuestro tiempo, la misma incapacidad y la misma incomprensión que hemos advertido en la última contienda, entonces sólo nos resta entonar, para nuestros adentros, el "finis Europae" y prepararnos a la salvación individual de nuestras almas y de nuestras existencias terrenales.

Entre tanto, mientras avanzan de Oriente las legiones, Europa padece "horrible confusión". Bien hubiera estado, señor Churchill, que lo advirtiera cuando todavía estaba en sus manos evitarla. Sus palabras tardías, nos recuerdan ahora a Boabdil, aquel rey que lloró la pérdida de lo que no fué capaz de defender.

MARIO AMADEO.



AMOR O

Juan Papini, uno de los más grandes pensadores católicos contemporáneos, hoy tal vez olvidado por el fragor de los acontecimientos de estos últimos años, ha escrito un artículo en 1939 —luego de la primer conflagración mundial— que mantiene, aún hoy, una impresionante y asombrosa actualidad.

Este artículo lo encontrará el lector en "La Scala di Giacobbe". (N. de la D.).

El hombre necesita del pan. Por la mediación del pan la tierra taciturna de las campiñas transformase en sangre y espíritu. Aquí en la tierra siempre se ha hecho un enorme gasto de mentira. Desde hace cinco años las almas de los hombres se han nutrido únicamente de mentiras, de horribles y tontas mentiras, sin un pequeño grano de verdad.

La mentira, en estos años de exterminio, transformóse en la mayor industria de estado, el único arte de gobierno, el sustituto de la religion, la simulación fija del pensamiento, la sola indemnización consoladora de los sacrificados, la única substancia de todos los discursos escritos, leídos o dichos, solemnes u ocasionales, y de todo arte producido por las manos del hombre, la más común arma de ataque y defensa, la omnipresente agua de la muerte que a todos nos embriaga.

Gozábase en la mentira, arrojábase en la mentira; la mentira inundaba todos los valles, ascendía hasta las cimas de las torres, infiltrábase en los cafetines y en las catedrales. Mentira al despertar, mentira en el almuerzo, mentira en la cena. No existía otro pan ni otro alimento para los hijos de las mujeres. Hemos sido engañados, hemos engañado; nos hemos mentido a nosotros mismos, a lo demás, a todas las divinidades inferiores y superiores; han mentido en nuestro rostro cada día. Cada criatura humana era un centro engendrador y receptor de mentiras. Las tinieblas yacían bajo el abismo como el primer día del Génesis.

La tierra nunca ha sido un paraíso —pero jamás ha sido, como hoy— un infierno. Los hombres nunca han sido felices, pero jamás fueron, como hoy, tan rabiosamente desesperados.

La vida para nadie ha sido una noche amorosa, pero jamás fué —como hoy— una tan fiera enemiga. Los ricos jamás han sido tan ricos, las bestias jamás han sido tan bestiales, los ciegos tan oscilantes, los dóciles tan díscolos, los patrones tan impotentes, los inquietos tan feroces.

Una experiencia de cinco años, un ciclo de experiencia de asesinato, de hurto, de mentira, de llanto, nos han colocado frente —en relieve— a la anatomía de nuestro ser. Todo por recomenzar.

Diez millones de hombres, los muertos por los mismos hombres empudrecen bajo una tenue capa de tierra; veinte millones de hombres, elegidos por la peste, han sido escondidos en los cementerios; las ciudades quemadas por el fuego, despedazadas por los terremotos, ensangrentadas por los hermanos, poblada de hambrientos, de frenéticos, de envidiados y envidiosos, de rostros enloquecidos, de vivos enmudecidos, asemejase a una inmensa necrópolis orgiática y sobrenatural; el fondo de los mares está sembrado de trigo que no florecerá jamás y que habría proporcionado pan a pueblos enteros durante muchos inviernos y primaveras; los imperios con sus emperadores, los reinos con sus reyes, han caído en el tiro al blanco de la historia bajo los impactos de los fusiles que ellos mismos habían ordenado fabricar; y las mujeres han muerto y también los niños, antes de haber comprendido que era un bien morir.

Y luego de esta anticipación titánica de la Gehenna, todo ha recomenzado como antes. Los hombres han seguido mintiendo y matando. Han mentido para así poder más tranquila y eficazmente matar y siguen matando para no confesar sus mentiras. En 1914 cansados de odiarse, los pueblos de la civilización comenzaron a masacrarse de por sí, en familia. Aún no existen suficientes muertos para saciar su hambre, ni suficientes mentiras para colmar sus inquietudes. Se ha establecido que la manía de poseer más dinero, más tierra, más cosas han llevado al exterminio y a la miseria; que cada metro de tierra ha sido pagado con toneles de sangre y que

Escaneado con CamScanner

MUERTE

los bienes como materia infecta, han muerto a quien los poseía.

No importa. Se piensa únicamente en adquirir dinero, en aumentar las posesiones y las cosas. Los individuos como los pueblos, en lo bajo y en lo alto.

El presidente victorioso y el siervo enriquecido poseen la misma psicología. Apropiarse, arrebatar, comer; peor para los muertos, peor para quien no sabe adueñarse de la parte más grande. Millones o millones, huertos y provincias, zapatos o minas. No existe otro dios que la Cantidad que ha exigido, para comenzar, la inmolación de una gran cantidad de sus fieles. La experiencia homicida es como si no hubiese existido. Más bien: como si hubiese sobrevenido tan sólo para agravar las causas que la produjeron, para agigantarlas hasta el punto de hacer necesaria otra experiencia aún más cruel y homicida. Ni siquiera la paradoja de las consecuencias visibles han refrenado la carrera hacia la condenación.

Se ha combatido para destruir un imperialismo y se ha entronizado otro; se ha combatido para vencer al prusianismo y somos todos prusianos; se ha combatido para abatir el militarismo y se ha creado el espíritu militarista aún donde no existía; se ha combatido por la libertad y nos hallamos más esclavizados que antes; se ha combatido por la verdad y sólo respiramos los densos vapores de la mentira; se ha combatido por la igualdad de los grandes y pequeños pueblos y hemos sometido más despiadadamente los pueblos débiles a los fuertes, los pobres a los más ricos; se ha combatido en pro de la libertad del mundo y el mundo se halla sujeto a la condena de pocos que poseen en sus manos el Hierro y el Oro; se ha combatido por la democracia y los hombres se hallan a merced de las minorías demagógicas en Oriente y de las minorías plutocráticas en Occidente; se ha combatido para ser más ricos y todos somos más pobres, a excepción de unos pocos enriquecidos a quienes todos odian y amenazan; se ha combatido contra los reyes por derecho divino y nos encontramos a merced de los emperadores de los bancos, del carbón, del petróleo, del maíz, de la prensa; se ha combatido con la esperanza de no combatir jamás y la guerra continúa aún en todos los frentes, en las calles transformadas en trincheras, en los palacios hechos fortalezas: la guerra interna, la guerra entre el Brazo y el Dinero, entre Materia y Materia; se ha combatido para saciar con más holgura nuestra hambre y tenemos más hambre que antes, hambre de pan, hambre de amor y de verdad.

Pero los hombres no tienen el coraje de renegarse.

No se atreven a confesar que estaban sumergidos en el error ya antes de la guerra, en el error aún hoy día, en las innumerables guerras internas y civiles que no matan solamente los cuerpos. No quieren reconocer su error. Este no comenzó en 1914; su primer error no ha sido la guerra. La guerra nadie podía evitarla después de cinco siglos de crecientes errores. La guerra no ha sido un principio sino una conclusión. No fué el principio de la enfermedad sino un gigante tumor reventado finalmente con gran afluencia de sangre y de purulencia, hecho que podría constituir el primer principio de un retroceso del mal, el penúltimo desahogo de la vieja peste europea.

Ahora se dan cuenta, los hombres, de su enfermedad; saben que poseen, como decía Iacopone, "l'anema enfrocedota" (el alma putrefacta) y aún esto puede ser una garantía de esperanza. Sienten que el mundo no puede seguir así. Comprenden que debe existir algún defecto o algo gastado en la máquina del mundo humano. Que el corrompido Hamlet ha contagiado, desde la pequeña Dinamarca todas las superficies habitadas.

Y buscan desesperadamente un remedio, una curación, una salvación, un milagro. Pero no saben buscar. No comprenden que jamás podrán encontrar allí donde buscan. Acostumbrados desde siglos a no reconocer sino la presencia y la importancia de lo externo, de lo físico, de lo visible, de lo material, ellos se dirigen en busca de la salud en aquel mundo que para ellos es el único mundo real.

Escuchad sus discursos —aún aquellos de quienes parecerían destinados a mantener y defender otros valores— y oiréis que han cifrado sus esperanzas únicamente en lo externo.

Cambios de clases, destrucción de las aristocracias, substitución de una dictadura de plutócratas por una dictadura de proletarios, modificación de regímenes políticos, sistemas económicos, de códigos, de leyes, de ordenamientos y divisiones.

Hombres nuevos en lugar de los viejos, hombres vacíos en lugar de los saturados; palabras rusas o inglesas en lugar de las francesas o latinas. Existe quien piensa poder reforzar los añosos Leviatanes mediante un barnizaje rojo; quien pretende dar fuego a las ruinosas construcciones de los "anciens régime" para fundar la nueva casa de las naciones a lo largo de las calles de la única archimetrópolis republicana y socialista; quien cree necesario asirse de los mitos masónicos, de los bastiones nacionalistas, de los sindicatos de la inteligencia, de los pilares de la autoridad.

No se habla de otra cosa que de reformas y constituyentes, de partidos viejos que rejuvenecen, de partidos nuevos ya envejecidos, de Soviets y de consejos de fábrica, de sindicatos amarillos, blancos, negros y escarlatas; de tarifas y de participaciones, de trucos tributarios y de tierras prometidas, de utopías rejuvenecidas y demás literaturas.

El cínico y el observador desapasionado poseen el derecho de sonreír ante este enfermizo afán de los medicozuelos de plaza, ante este "cafarnaum" de cataplasmas. El hombre de corazón, que sabe padecer, contempla con desesperado estupor cómo todos han permanecido, aún ahora, en el clima misma cuya maligna vegetación trajo el desastre. Quieren cambiar pero permanecen como eran. Quieren cambiar el personal dominante y las leyes escritas y los métodos políticos y la distribución de los bienes, pero permanecen, todos unánimemente, en lo mecánico, en lo puramente externo.

Quieren cambiar sus posiciones de clase o de raza pero no saben y no quieren cambiar los valores internos; quieren cambiar las cosas pero no piensan que nada cambiará mientras no se cambien desde el fondo, las almas. Los valores hoy admitidos por todos, por los siervos y los patrones, por los bolcheviques y por los imperialistas, por los secuaces de Calibán y por los sectarios de Mammón. Son siempre los mismos, los de antes, los valores creados en los últimos siglos, los valores del Renacimiento, de la Reforma, de la Revolución industrial y de la Revolución Proletaria, los valores *modernos* ya abiertamente o implícitamente venerados por todos. Estos valores reconocidos por el mendigo y por el millonario, por el sacerdote y por el ateo, por Lenin y por Morgan, dominaban antes de la guerra, son los que nos han lanzado a la guerra, los que hacen proseguir las guerras que conducen a todas las catástrofes, a todas las destrucciones, a todas las revoluciones. Son los valores que en estos últimos siglos hemos colocado en lugar de los antiguos. La Cantidad en lugar de la Calidad, lo Externo sobre lo Interno, el Egoísmo en lugar del Amor, la manía del Primado en lugar de la Humildad, la manía de la Riqueza en lugar de la alegre aceptación de la Pobreza, la presunción de la Cultura (conglomerado de nociones y símbolos) en lugar del perfeccionamiento moral y de la Santidad.

Lo Útil, la Envidia, el ansia de Poder, de la Producción, de la Comodidad, de lo superfluo han realizado lo restante. Hemos vivido hasta ahora para procurar que venzan estos cuatro valores y hoy morimos por ellos y para ellos.

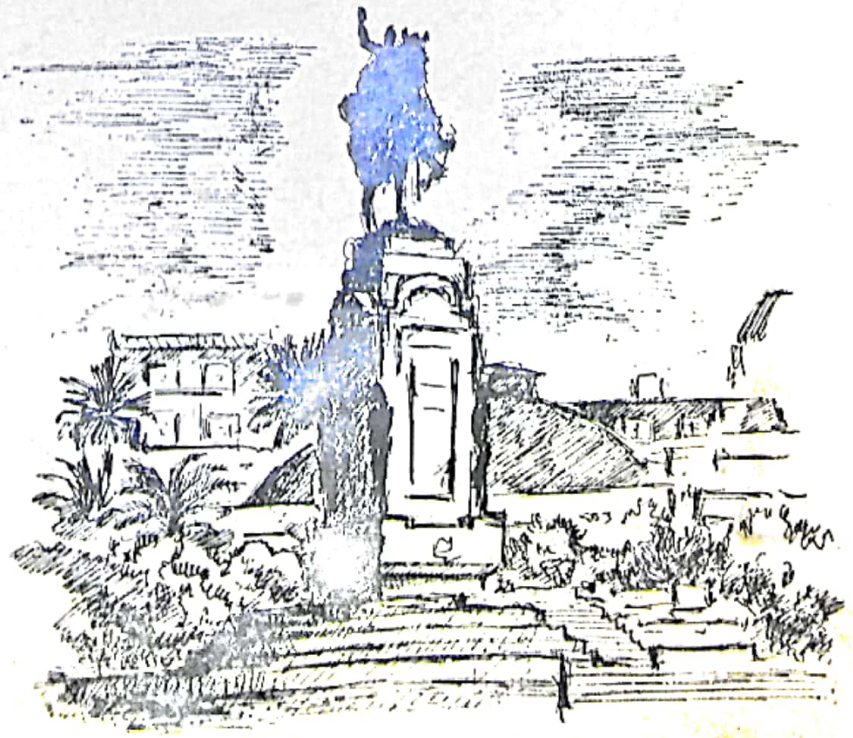
Para vivir hemos de tener el coraje de renegarlos. Reconocer que nos hemos equivocado. Hemos seguido a la naturaleza y nos hemos equivocado. Hemos seguido a la razón y la ciencia y nos hemos equivocado. La prueba de nuestro error está en la masacre y en el dolor de ayer, en la desesperación de hoy. Una civilización que lleva tan espantosos efectos es una civilización que vive en el error, fundada en el error.

No basta cambiar los regímenes y los estatutos. Han de ser cambiadas y sin retardo, las almas de los hombres. Todos los males que sufrimos no provienen de lo externo sino de lo interno, no solamente de los demás sino de cada uno de nosotros, no de la materia hostil sino de nuestro espíritu más inerte que la materia. A los valores *modernos*, a los valores homicidas que han envenenado el corazón y manchado la vida, nos han ensagrentado hasta hoy las manos y nos hemos de sustituirlos por los valores eternos, precisamente los opuestos a los valores reinantes. Cambiar la faz de la tierra y toda las constituciones de nada aprovechará, nada significará mientras no se renueve y rejuvenezca el alma de cada uno de nosotros. Quien busque la salvación fuera del alma es un ciego guía de ciegos.

Existe todavía un guía en quien podremos —aún hoy— hallar los principios de este "segundo nacimiento", y a quien por fuerza hemos de volver si no queremos morir en las torturas de las últimas desesperaciones. Es un pequeño volumen, dividido en cuatro pequeños libros, escrito diez y nueve siglos ha. Todos lo conocen, muchos lo leen, nadie lo sigue.

Se llama el Evangelio de Jesucristo.

(1919) GIOVANNI PAPINI.



Escaneado con CamScanner

IDEAS Y RAZONES

Haremos aquí una distinción entre ideas y razones que ha de servirnos para entender el significado preciso de la actitud racionalista ante la vida. Esta actitud responde a una tendencia más o menos permanente del espíritu humano, aunque se haya manifestado de un modo especial en determinados períodos de la historia, durante los cuales casi todas las manifestaciones de vida, como la cultura, costumbres, hábitos, etc., se hallaban impregnadas de racionalismo. Pero esa tendencia hacia el racionalismo suele manifestarse en los momentos más diversos y frente a la consideración de los más variados problemas. Es pues, para mostrar lo específico de esa actitud por lo que hacemos el distingo entre ideas y razones, y ojalá que nosotros no caigamos —a fuer de precisos— en el esquematismo racionalista que aquí criticamos.

Las ideas no son solamente ejemplares de las cosas sino también causa y principio operativo de las mismas. Es decir que además de ser productos intelectuales del espíritu [1], son —y por ello mismo— fuente de operaciones vitales. En las ideas se anidan multitud de virtualidades vitales; hay en las ideas lo que podríamos considerar como correspondiente al *logos* y lo que puede entenderse como correspondiente al *ethos*; es decir, lo que es propiamente intelectual y lo que entra en el ámbito de lo volitivo; aquello que es primordialmente entendido y lo que es primordialmente vivido. En cuanto las ideas son entendidas, se les puede señalar sus límites con cierta facilidad, pero en cuanto son vividas sus contornos se desvanecen, casi se pierden, ya que entra en juego lo anímico, lo irracional, lo obscuro (podríase hablar incluso de lo *dionisíaco* en contraposición de lo *apolíneo*, el otro elemento de la idea).

Llamamos razones a los resultados provenientes de aquella actitud intelectual que consiste en aprehender lo que hay de *logos*, de exclusivamente inteligible en las ideas, con prescindencia de toda realidad anímica, de lo que depende del *ethos*. Las razones son esquemas, como los planos de un edificio; hacen caso omiso de las vigencias y de toda realidad circunstancial que emerge de las ideas o que impregnada de las mismas, vive de ellas y las expande por doquier. El racionalista —que así se llama a quien engendra y concibe esta especie de razones— no ve la idea en su totalidad, no la sigue hasta sus últimos confines; la observa en su parte luminosa y allí se queda; más aún, el racionalista ni siquiera entiende la luminosidad intelectual de la idea, porque se le escapa lo que en ella hay de causa, de capacidad creadora, de fuente vital; el racionalista se construye un insignificante esquema de la idea, una imagen fría y cadavérica.

Notemos sin embargo que tan arbitraria es la actitud del racionalista, que deja de lado las virtualidades vitales de la idea, como la del relativista que sólo percibe la idea en cuanto causa efectos temporales y cambiantes, sin ver a la idea en sí, o la del materialista que prescinde de toda la realidad luminosa e intelectual de la idea, para ver solamente los productos visibles y tangibles. Todos ellos son esquemáticos, destructores de la auténtica vida de la idea, coleccionistas de esqueletos.

Ahora bien, veamos hasta qué punto puede llevar a equívocos la actitud racionalista. Supongamos que se tratare de una determinada idea, la idea de libertad, por ejemplo. El racionalista, como prescinde de toda consideración sobre las virtualidades fácticas de la idea, se forjará de acuerdo con una aprehensión limitada a lo luminoso, a lo exclusivamente inteligible, un esquema de la libertad, con lo que construirá una definición, que para él ha de expresar toda la realidad fundamental de la libertad. Los hechos, todas las vivencias que emergen de las virtualidades contenidas en la idea de libertad, son despreciados por el racionalista, quien satisfecho con su inerme teoría, todos los juicios y opiniones que le sea dado emitir sobre la libertad, ha de hacerlas sobre la base de su tan congelada definición. Así, si encuentra que la libertad es algo bueno en sí —como que realmente lo es— si encuentra repetimos, que la definición de la libertad expresa una cosa en sí misma laudable, no cejará jamás de ponderarla y alabarla en todo momento y lugar.

Pero puede suceder que algunas de las virtualidades contenidas en la idea de libertad se hayan desarrollado hipertróficamente en perjuicio de otras. Ciertas vivencias emergentes de la idea de libertad y que por lo tanto llevan su sello de origen, pueden muy bien haber tomado un incremento tal, que en el ámbito circunstancial de los hechos concretos se sobrepongan y ahoguen a otras virtualidades. En tal caso la libertad no habrá de manifestarse en lo que auténticamente es. Una libertad así, con hipertrofias y atrofias, es una libertad que renguea o cojea. Una libertad de cualquier manera imperfecta.

Pues bien, supongamos que uno de esos entendimientos empíricos, tan abundantes por cierto, se ponga a considerar las manifestaciones circunstaciales de la idea de libertad, allí precisamente donde ha habido un impropio desarrollo de las virtualidades contenidas en

SAN GREGORIO

"Hermanos míos, de lo que menos caso hago es de mis trabajos. El único motivo de mi confianza consiste en que he amado la Justicia y aborrecido la iniquidad... ¡He amado la Justicia y he aborrecido la iniquidad, por esto muero en el destierro!" He ahí la última lección del gran pontífice, sellada con su glorioso tránsito al Reino del Padre.

¿Y quién podría enumerar los trabajos que el Santo, en el momento de su muerte, tenía por nada? Desde el día en el que dejara los claustros de Cluny, para mejor servir a la Santa Iglesia, hasta aquel 25 de Mayo de 1085 en que, rodeado de los fieles que le habían seguido hasta Salerno, entregó su alma al Señor. ¡Cuántas angustias! ¡Cuántos quebrantos! ¡Qué de pesares sin fin, hubo de sufrir! Y sin embargo jamás decayó la gallarda osadía que puso en todos sus actos. Cuando sus enemigos creían haber logrado abatirle, el Santo más fuerte que nunca, demostraba con su ejemplo, la verdad de lo que en una ocasión escribiera a Germán, Obispo de Metz: "así como la huida de un cobarde aumenta el terror de los que son cobardes como él, la resistencia de un alma fuerte inflama el valor de los guerreros esforzados"... Y, precisamente, con el don de Fortaleza el Espíritu Santo enriqueció su alma devorada por el hambre y la sed de Justicia de que el Señor nos ha hablado en el Sermón de la Montaña.

Príncipe del Santuario y del pueblo fiel, Gregorio afirmó para siempre la dignidad del Sacerdocio. Quiso que los ministros del Altar brillaran por la pureza, la castidad y la obediencia, para que fuesen santos ante Dios y no manchasen los dones del Cielo. Ordenó las costumbres del clero venciendo todos los obstáculos que halló al paso. Cuando fué necesario depuso obispos y excomulgó sacerdotes, sin dejar por ello de incitar a una pronta reconciliación a los mismos que eran objeto de sus justísimas sanciones. Diríase que el doctor angélico se habría inspirado en el santo pontífice al comentar la bienaventuranza que éste tan bien alcanzara: "la justicia sin misericordia es crueldad; la misericordia sin justicia es madre de la disolución".

Sabía Gregorio que no es posible servir al mismo tiempo a dos señores y que no se puede, a la vez, obedecer a Dios y ser esclavo de las riquezas. Por eso no cejó en su lucha contra la simonía ni transó en su guerra por las investiduras No se amilanó ante la conjunción de clérigos concubinarios, prelados simoníacos y poderosos señores temporales apegados a usurpadas prerrogativas; y cuando la rebelión acaudillada por el rey Enrique culminaba con el entronizamiento del antipapa Guiberto de Ravena, el Santo, lleno de celo por la Justicia pero inflamado siempre por la Caridad, "empezaríamos dándoos la bendición apostólica —dice al impostor y sus secuaces—, si la autoridad de los santos padres no se opusiese a vuestra temeridad", y, luego, llamándolos a la reflexión, añadía: "pero como es propio de la naturaleza humana el pecar, y de Dios el perdonar a los que se arrepienten, la Iglesia de Jesucristo, fundada con su sangre, os aguarda aún como tierna madre, esperando que entraréis de nuevo en su seno: ella no quiere vuestra pérdida, sino que más bien corre a vuestro encuentro para salvaros".

Entre todos sus enemigos, como la más acabada antítesis de su bella figura de servidor de Cristo, se destaca la del turbulento Enrique IV, rey de Germania y emperador frustrado de la Cristiandad occidental. Porque si Gregorio amó la justicia hasta la santidad, Enrique (perdóneseme la paradoja) sirvió a la iniquidad hasta el heroísmo; y si Gregorio, modelo de perfección evangélica, supo arrastrar la hostilidad brutal de todas las miserias humanas, Enrique, sumidero de vicios y de pasiones bastardas, para mejor satisfacerlas, afrontó la muerte y las

A U S E N C I A

(XVIII)

Rincón de las fragancias y colores,
Su jardín entrañable y solariego:
¿Verdeces de esperanza, en mudo ruego...?
Si quieres pervivir, no la memores.

No la aguardes, solícita; no implores,
Cuando la tarde soslayó su fuego,
Que, en alta curva dispersando el riego,
Vague en un iris, augural de flores.

¿Ignoras, tú también, linfas de olvido?
Hoy que osé retornar, fresca mañana
Te revelaba mustio, ensombrecido

De gracia ausente o misterioso duelo.
Sólo, al frescor del muro, en su ventana,
Nevaba estrellas su jazmín del cielo.

Escaneado con CamScanner

tal idea. El entendimiento empírico —que es como decir miope— no ve más que los hechos, no vuela, se prende a lo sensible, y desde ese exclusivo plano, emite sus juicios y opiniones. De ahí pues que juzgue la libertad según lo que ve, y considere que la libertad, en su plena significación, es lo que los hechos le muestran. Y como el empírico, aunque sea tal, no puede vivir sin ideas, se formará una idea de la libertad que por supuesto será falsa, ya que toma una parte —y una parte deformada— por el todo.

La auténtica idea de la libertad no coincide pues ni con la razón del racionalista ni con la infra-razón del empírico. El primero se queda en una percepción puramente intelectual y se construye un esquema sin vida; el segundo —un materialista de hecho— emite una opinión sobre la base de lo puramente irracional y tumultuoso. Ambos están equivocados; ambos seccionan la realidad y por lo tanto le quitan la vida, la matan.

Y he aquí entonces los equívocos a que aludíamos. Si en un momento dado, en determinadas circunstancias —y refiriéndonos siempre a nuestro ejemplo— en el caso que ciertas virtualidades de la idea de libertad se hayan desarrollado y prendido en lo circunstancial de un modo irregular y desordenado, si en tal momento pues vemos a uno de esos empíricos o materialistas enamorado de la libertad —por supuesto de la idea que él se ha formado con su observación superficial— apoyado en su prédica por un teórico racionalista, no hemos de extrañarnos en lo más mínimo. En efecto, ambos hablarán de la libertad, marcharán juntos del brazo, lucharán por ella, aunque cada uno tenga de la libertad un concepto totalmente distinto. El racionalista —a quien no interesan las manifestaciones anímicas de la idea de libertad y que no se le ocurre que la idea es una inagotable fuente de efectos vitales— pensará en su definición de la libertad, en su esquema intemporal, mientras el empírico se dejará llevar por la vaga opinión que se ha hecho de la libertad con motivo de ciertas virtualidades mal desarrolladas de esa idea. Ambos hablarán de la libertad porque la razón del uno y la infra-razón del otro tienen su punto de partida en la idea de libertad, aunque la consideren parcialmente, pero ambos entenderán cosas diferentes y sobretodo fundamentalmente distintas de la auténtica idea de libertad.

Así vemos el daño que causan muchos racionalistas —y los hay en todos los terrenos— cuando para ensalzar los esquemas cadavéricos que se hacen de las cosas contribuyen a la exaltación de fuerzas ciegas, hechos vitales sin control, hipertrofias de alguna idea en principio buena pero realizada desordenadamente, con lo cual tales racionalistas vienen a ser responsables en gran medida de las catastróficas consecuencias a que lleva todo lo irracional librado a sí mismo. Es verdad que como para una mentalidad racionalista no cuenta esa dinámica de los hechos, ya que el plano en que ellos se mueven está al margen de todo lo vivo, nunca se considerarán responsables de tales funestas consecuencias. Pero la responsabilidad existe, y no son las reservas mentales ni las aclaraciones más o menos oportunas las que han de salvarla. Y es en el caso tan actual y corriente de la libertad, donde nos encontramos con situaciones como éstas a diario. Las puntualizaciones del racionalista, cuando los hechos ya se han consumado, su afán por decir que la libertad de que él habla —la de su esquema— no es la libertad del demagogo, llega infaliblemente tarde y nunca lo suficientemente a tiempo como para convencerle que tanto su definición de la libertad como la opinión que de ella tiene el demagogo son ambas igualmente despojos deformes de la auténtica idea de la libertad.

El racionalista debe comprender que a veces es menester callar, ni siquiera citar el nombre de ciertas ideas. Cuando en un momento dado la experiencia nos enseña que no es posible exaltar ciertas ideas sin que se susciten mil virtualidades hipertrofiadas a nuestro alrededor, aunque esas ideas sean buenas, es necesario omitirlas, no mencionarlas; lo mejor en ese caso si queremos que recuperen su prístino sentido, es procurar que ellas sean vividas en lo que realmente son, en su total realidad inteligible y sensible, en su luminosidad permanente y en sus virtualidades anímicas.

José María de Estrada.

(1) Dejamos de lado aquí al referirnos a la idea, toda consideración metafísica o psicológica sobre la misma; no hablaremos sobre las ideas en su más alto sentido, es decir como los ejemplares existentes en la mente divina (aunque lo que dice Santo Tomás en la Sum. Theolog. 1ª p. q. XV, Art. III, sobre las ideas existentes en la mente divina, ejemplares y principio de génesis de las cosas, es lo que nos ha sugerido lo que aquí decimos acerca de las ideas como fuente de virtualidades) no nos referimos pues a las ideas en cuanto formas ontológicas de las cosas, ni tampoco en cuanto resultados de la actividad intencional de la mente; hablamos aquí de las ideas como productos del espíritu —prescindiendo de toda otra consideración— que inciden en el mundo en que vivimos como entes objetivos, con los que el hombre se encuentra a su alrededor, o en su circunstancia, como diría Ortega; de ahí pues que hablamos de la idea como algo exterior al hombre, pero que es pensado y vivido por él.

SEPTIMO

mil peripecias de su vida dedicada a batallar sin tregua ni descanso. Mientras más bullía el odio del monarca más relucía la mansedumbre del Papa, que si llegó a quitarle la corona y apartarlo de la comunión de los fieles, no por ello desesperó de su retorno a la morada paterna: "como Nos no estamos airados contra Enrique ni por el orgullo del Siglo ni por una vana ambición —escribía el santo pontífice a los grandes de Alemania—, y los únicos motivos que nos hacen obrar son la disciplina y el cuidado de las Iglesias, os pedimos como hermanos que, si vuelve sinceramente a Dios, le tratéis con agrado, no con aquella justicia que le arrebata el Imperio, sino con la misericordia que borra sus crímines".

Aquella heroica "Edad de Hierro", que culmina en el Siglo XI, tiene en Gregorio y Enrique los más representativos exponentes de su grandeza y de sus miserias. Grandes santos y grandes pecadores llenan la historia de aquellos tiempos: santos y pecadores que luchan entre sí dentro del regazo maternal de la Iglesia: santos que sólo buscan la gloria de Dios, y pecadores que concluyen sus días entre el dolor del arrepentimiento y la esperanza cierta del perdón. Unicamente visto sobre ese fondo de luz y de sombras resulta inteligible el encarnizado duelo del Papa Gregorio con el Rey Enrique. Lucha típica de una época en que el laicismo no había confundido aún los conceptos; de una época en que la Cristiandad no discutía el hecho de la Redención ni el de la fundación de la Iglesia, y en la que todos los fieles, desde el Papa hasta el más humilde hijo de Dios, desde el Emperador hasta el último ganapán, sabían que habían sido llamados nada menos que a integrar el Cuerpo místico de Cristo.

Enrique fué el mal hijo, el rebelde, el hijo pródigo, pero hijo al fin. Gregorio jamás dejó de considerarlo así, y el propio Enrique nunca perdió la conciencia de su filiación. Por eso, en el transcurso del tenaz entredicho se habló siempre un lenguaje que el mundo moderno no entendería, pues con el maniqueismo larvado que lleva encima buscaría encuadrarlo en sus deshumanizadas concepciones de las relaciones de la Iglesia con el estado. El conocido episodio de Canosa, con su elocuencia magnífica, escandalizará siempre a los jurisconsultos laicos de todos los tiempos...: el Padre Santo, que conoce la doblez del rey penitente, indica a éste cómo ha de alcanzar el perdón; el rey se humilla y es absuelto; pero el demonio, salido de su cuerpo, sale en busca de siete demonios peores que él, y vuelve con ellos a tomar posesión de su víctima. El Pontífice vuelve a la lucha y espera salvar el alma del rey.

Verdaderamente Gregorio amó la Justicia. No la justicia farisaica que pesa el comino y se atiene a la letra mortífera de la ley, sino la Justicia que nos procuró el Señor en el Sacrificio de la Cruz: la Justicia, hija del Amor que movió a todo un Dios a descender hasta nuestra miserable condición humana para hacernos partícipes de su beatitud inefable. Con esa Justicia quiso el Santo moldear la Europa y hacerla vivero fecundo de buenos cristianos; ella hizo posible que surgieran los grandes pontífices que han ilustrado a la Cristiandad y los reyes que dignificaron el trono, los monjes que nos han dejado señalado el camino por donde se llega a la perfección y los audaces caballeros que nos enseñaron a morir por Cristo con las armas en la mano. Y fué Gregorio quien cerró la "Edad de Hierro" para abrir la "Edad de Oro" de nuestra historia cristiana.

Al recibir su alma, los coros angélicos debieron responder a sus últimas palabras, con este versículo del salmista: "Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad: por eso te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría sobre tus compañeros".

Santiago de Estrada.

(XXXI)

Sutil, y hermosa, y límpida, a mi vera,
Tal era como yo: vislumbre, nada;
Gota al mar, soplo incierto, luz velada —
Y en lo pasado, al fin, sombra ligera...

¡Y sé que vive cual jamás viviera,
En fe, esperanza y caridad salvada,
Yo que la vi, desánime, agostada,
Llamarse a polvo en la ocasión postrera!

¡Tu imperiosa Bondad, triunfa, Dios vivo!
Briznas de ciencia y pensamiento altivo,
Al vendaval divino se desbandan:

Porque — tan vaga, ruin, poquita cosa —
Creo lo que en Verdad vertiginosa,
Las Tres Virtudes formidables mandan!

Carlos Obligado

1945.

Escaneado con CamScanner

TUCIDIDES Y EL PODER

LECTURAS Y RELECTURAS

Discurriremos hoy en torno de un libro muy antiguo. Para el itinerario que supone una aproximación de distancia acudiremos a la compañía de dos contemporáneos.

El libro, "La Historia de la Guerra del Peloponeso" de Tucídides; los acompañantes Werner Jaeger ("Tucídides como pensador político" en "Paideia" T. I) y Albert Thibaudet ("La Campagne avec Thucydide").

De Tucídides se recuerda vagamente su condición de primer historiador de Grecia pero quien se acerque hoy a su obra no se sentirá plenamente satisfecho con esa calificación. Historiador sí, pero algo menos y algo más que eso.

"La asombrosa concentración de pensamiento y voluntad político que revela Atenas en la creación de su imperio, halla en la obra de Tucídides su expresión espiritual más adecuada". "Atenas orientada y concentrada en el presente, se vió de pronto sumida en un recodo del destino en que el pensamiento político despierto se vió precisado a completarse con el conocimiento histórico: era preciso llegar al conocimiento de la necesidad histórica que había conducido la evolución de la ciudad de Atenas en su gran crisis. No es que la historia se haga política sino que el pensamiento político se hace histórico. Tal es la esencia del fenómeno espiritual que halla su realización en la obra de Tucídides". (Jaeger).

Ciertamente esa adjetivación de lo histórico no empece a que en su elaboración proceda con un equilibrio que servirá de módulo al sentido crítico de sus sucesores.

"En cuanto a las cosas que se hicieron durante la guerra, no he querido escribir lo que oí decir a todos, aunque me pareciese verdadero, sino solamente lo que yo vi por mis ojos, y supe y entendí por cierto de personas dignas de fe, que tenían verdadera noticia y conocimiento de ellos. Aunque también en esto no sin mucho trabajo se puede hallar la verdad. Porque los mismos que están presentes a los hechos hablan de diversa manera, cada cual según su particular afición o según se acuerda". (Libro I, Cap. I).

Pero por encima de ese quehacer histórico, proseguido con amor a la verdad invariable, es esa coyuntura del pensamiento político necesitado de completarse con conocimiento histórico lo que asegura actualidad a la obra del genial ateniense en las circunstancias urgidas por una necesidad semejante. "Esta lectura eterna es sin duda la más actual que hoy pueda retenernos" decía Thibaudet al día siguiente de concluir la guerra anterior.

Tucídides atiende fundamentalmente a las relaciones de estado a estado, bajo este enfoque la esencia del acaecer histórico no reside en una ética cualquiera o en una filosofía de la historia o en una idea religiosa. "La política es un mundo regido por leyes inmanentes peculiares, que sólo es posible alcanzar si no consideramos los acontecimientos aisladamente sino en la conexión de su curso total". "El concepto de causa es extraído del lenguaje de la medicina. La traducción de este pensamiento naturalista y biológico al problema del nacimiento de la guerra, no era un acto puramente formal. Significa la completa objetivación de la cuestión separándola de la esfera política y moral. Con ello la política es delimitada como un campo independiente de la causalidad natural. La lucha secreta entre fuerzas opuestas conduce finalmente a la crisis abierta de la vida política de la Hélade. El conocimiento de esta causa objetiva tiene algo de liberador puesto que coloca al que posee por encima de las odiosas luchas de los partidos y del enojoso problema de la culpa y la inocencia. Pero tiene también algo de opresivo, pues acontecimientos que habían sido considerados como actos libres del juicio moral, aparecen ahora como el resultado de un largo proceso condicionado por una alta necesidad" (Jaeger).

A la consideración de este mundo aparte que es el mundo de lo político llega el ateniense profundizando en el problema de los orígenes de la guerra.

"Y para que en ningún tiempo sea menester preguntar la causa de ello, pondré primero la ocasión que hubo para romper las treguas, y los motivos y diferencias por que se comenzó tan grande guerra entre los griegos, aunque tengo para mí que la causa más principal y más verdadera, aunque no se dice de palabra fué el temor que los lacedemonios tuvieron de los atenienses, viéndolos tan pujantes y poderosos en tan breve tiempo" (L. I, c. I).

Los helenos ante el peligro persa "todos a una y de común acuerdo, echaron a los bárbaros de Grecia, los griegos que se habían rebelado contra el rey de Persia y los que se unieron para resistirle, se dividieron en dos bandos y rivalidades, los unos favoreciendo la parte de los lacedemonios, y los otros siguiendo el partido de los atenienses; porque estas dos ciudades eran las más poderosas de Grecia: Lacedemonia por tierra y Atenas por mar. De manera que muy poco tiempo estuvieron en paz y amistad, haciendo la guerra de consuno contra los bárbaros, porque empezó enseguida la guerra entre estas dos ciudades poderosas, y sus aliados y amigos" (L. I, c. I).

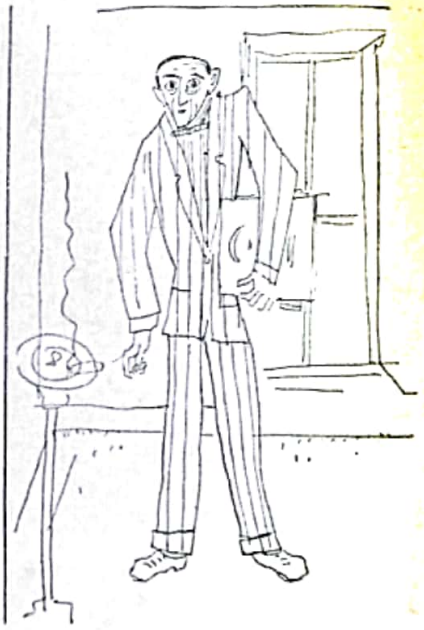
"Plano geométrico y ley constante: las cosas no pueden pasar de otra manera según el juego de las pasiones humanas. Las fuerzas de coaliación contra un enemigo sobreviven a la derrota del enemigo y alientan en el seno mismo de esta coalición coaliciones rivales: es la hora de los Tisafernes y los Talleyrand. Formada la coalición en torno de la más grande potencia financiera y marítima, apenas alcanzado el objeto se originan dos sentimientos dentro de esa coalición: en la potencia mayor, la conciencia de un derecho a la hegemonía, derecho fundado en su fuerza y en los servicios prestados: en las otras potencias la desconfianza hacia esa hegemonía contra la que tienden a agruparse en torno de la más grande potencia militar y continental". (Thibaudet).

La causa esencial de la guerra es así la voluntad de hegemonía, voluntad impuesta por el ser mismo de las potencias en lucha, y que sus fuerzas morales son impotentes para detener. No hay en la obra de Tucídides frase más cargada de verdad histórica que la que pone en boca de Alcibiades aconsejando la expedición a Sicilia. "Tampoco está en nuestra mano poner un término a nuestro imperio o señorío para decir ninguno pase adelante, sino que para defenderlo es necesario acometer a unos y guardarnos de ser acometidos por otros, porque si no procuramos señorear a los otros estaremos en peligro de ser dominados. Ni menos debemos tomar el descanso y reposo de la suerte y manera que lo toman los otros, si no queremos también vivir como ellos viven". (L. VI, c. IV).

La voluntad de dominio constituye el primer principio del acaecer político; ni antes ni después de Tucídides se la hará resaltar con precisión más absoluta.

Pero esta causalidad política descubierta por el ateniense es la que menos pone por delante cada uno de los partidos, pues no poniendo en evidencia la injusticia del partido adverso no ofrece nada a la retórica de los juicios.

Esparta ha debido decidirse a salir al encuentro del poderío creciente de Atenas. "En consecuencia el problema de la responsabilidad de una guerra tal no se plantea, o al menos constituye un corte arbitrario sobre un problema más general y más verdadero. Los lacedemonios



PROBLEMAS

El Estado se ha hecho cargo de jubilar parte de los asalariados rurales. Entendemos que no es este un sistema adecuado para conseguir estabilidad social en el campo.

La más fuerte, la más segura, y, en una palabra, la más cristiana y perfecta institución de "Previsión Social" es la familia. Y quien dice la familia, también dice, por extensión, la familia que forma un patrón rodeado de sus peones [1].

Hasta ayer todavía, en nuestras estancias patriarcales —sin necesidad de "Institutos de Previsión"— terminaban sus días tranquilos y respetados los viejos servidores, entretenidos en algún trabajo al alcance de sus fuerzas: "sogas", la quinta, los "encargues", "sacar" a pasear a los patroncitos, y así. Ya en la actualidad, es habitual que los encargados, capataces o peones algo calificados —que son a quienes pretende amparar el "*Instituto Nacional de Previsión Social*"— se hagan propietarios de casas o quintas en el pueblo cercano, gracias a algo que ahorraron y a algún dinero que les adelante su patrón. Es esta la "Previsión Social" más perfecta, y también la única garantizada contra la desvalorización de las monedas, o "inflación".

En los campos de Francia —y supongo que en otros de Europa— existía, hasta hace poco, una admirable institución que se llamaba "*pain pour la vie*", que constituye la más segura fórmula de "Solidaridad Social" o de "Previsión Social", garantida también contra la inflación. Joseph de Pesquidoux, que nos habla de estas cosas, hace observar que al beneficio material del "pan para toda la vida" se agrega el beneficio moral del calor familiar. Y concluye: "*Se quiere reemplazar esta palabra y esta cosa de siempre: la "Caridad", por esta palabra y esta cosa de hoy: la "Solidaridad". ¿Serán más seguras?*".

Estas viejas formas de "Previsión Social" —poco propicias es cierto al ejercicio de la demago-

Escaneado con CamScanner

han declarado la guerra pero los atenienses habrían podido igualmente declararla sin que las relaciones esenciales reconocidas por la historia se modificasen". (Thibaudet).

Sin embargo los bandos en lucha han de alimentarse con algo más sustancioso que este rígido esquematismo geométrico. "La obra de Tucídides es rica en contribuciones a los problemas de las luchas políticas y al de las relaciones entre la ideología y la realidad política. Los espartanos, como representantes de la libertad y del derecho, se hallan obligados a la hipocresía moral, mientras cubren sus intereses con bellas palabras, sin que sea posible decir dónde termina lo uno y dónde comienza lo otro.

El papel de los atenienses no es tan fácil y se ven obligados a acudir a la franqueza. Esto puede producir un efecto brutal, pero es en ocasiones más agradable que la jerga moral de los "libertadores". Por lo demás "los espartanos creen ahora ser los representantes del derecho contra el poder y la arbitrariedad. Pero si llegaran a aniquilar a Atenas y a ser los herederos de su imperio, cambiaría de pronto la simpatía de Grecia, puesto que la fuerza sólo cambia de dueño, pero no cambian sus manifestaciones políticas, sus métodos y sus efectos. (Jaeger).

En ninguna parte la exposición de este primer principio de lo político es tan lúcida y tan fría como en el diálogo de sitiadores y sitiados que precede al arrasamiento de la isla neutral de Melos por los atenienses.

Jaeger resume así el episodio: "Se emplea aquí por única vez la forma dialogada de las disputas sofísticas en la cual los adversarios oponen argumento contra argumento, en una lucha espiritual de preguntas y respuestas, para eternizar el doloroso conflicto entre la fuerza y el derecho en su perenne necesidad. Los bravos melianos se dan inmediatamente cuenta de que no pueden invocar la justicia, puesto que los atenienses no reconocen otra norma que su provecho político. Tratan sin embargo de explicarles que es ventajoso para Atenas poner límites en el uso de su superioridad, ya que pueden venir un día en que también un poder tan alto tenga que acudir también a la equidad humana. Pero los atenienses no se dejan intimidar y afirman que su interés les obliga a anexionar la pequeña isla, porque el mundo podría interpretar su persistente neutralidad como un signo de la debilidad de Atenas. No tienen sin embargo ningún interés en aniquilarla. Advierten a los melianos que no se pongan en una actitud inadecuada de héroes. La ética caballeresca ha perdido sus derechos ante la razón de fuerza de una potencia moderna. Les aconsejan también que no tengan una confianza ciega en Dios y en los espartanos. Dios se halla siempre con la parte más fuerte, como lo muestra constantemente la naturaleza y aún los espartanos sólo evitan lo que los hombres denominan "deshonroso" cuando ello se halla de acuerdo con sus intereses.

Los atenienses tratan de suprimir el conflicto de su política con la religión y la moral, apelando al cual intentan vencer sus adversarios más débiles. Tucídides muestra aquí la política de fuerza de los atenienses en sus últimas consecuencias y en la plenitud de su conciencia".

Los atenienses exponen su situación sin ambages: "No queremos usar con vosotros de frases artificiosas ni de términos extraños, como si por derecho y razón nos perteneciese el mando y señorío sobre vosotros, por causa de la victoria que en tiempos pasados alcanzamos contra los medos, ni tampoco será menester hacer largo razonamiento para mostrar que tenemos justa causa de comenzar la guerra contra vosotros por injurias que de vosotros hayamos recibido. Tampoco hay necesidad de que alegueis que fuísteis poblados por los lacedemonios, ni no nos habéis ofendido en cosa alguna, pensando así persuadirnos de que desistamos de nuestra demanda, sino que conviene tratar aquí de lo que se debe y puede hacer, según vosotros y nosotros entendemos el negocio que al presente tenemos entre manos, y considerar que entre personas de entendimiento las cosas justas y razonables se debaten por derecho y razón cuando la necesidad no obliga a una parte más que a la otra; pero cuando los más flacos contienden sobre aquellas cosas que los más fuertes y poderosos les piden y demandan conviene ponerse de acuerdo con éstos para conseguir el menor mal y daño posible". (L. V, c. XI). Este es el relato de un político ateniense.

La argumentación de los sitiadores culmina de esta suerte: "Tampoco nosotros desconfiamos de la bondad y benignidad divinas, ni pensamos que nos ha de faltar, porque lo que hacemos es justo para con los dioses y conforme a la opinión y parecer de los hombres, según usan los unos con los otros; porque en cuanto toca a los dioses, tenemos y creemos todo aquello que los otros hombres tienen y creen comúnmente de ellos; y en cuanto a los hombres, bien sabemos que naturalmente por necesidad, el que vence a otro le ha de mandar y ser su señor, y esta ley no la hicimos nosotros, ni fuimos los primeros que usaron de ella, antes la tomamos al ver que los otros la tenían y usaban, y así la dejaremos perpetuamente a nuestros herederos y descendientes. Seguros estamos de que si vosotros, y los otros todo, tuviéseis el mismo poder y facultad que nosotros, hariais lo mismo". (Id.).

Es sabido el desenlace. Tomada la ciudad "los atenienses mandaron matar a todos los jóvenes de catorce años arriba, y las mujeres y niños quedaron como esclavos, llevándolos a Atenas". (Id.). Melos tuvo la fortuna de encontrar en Tucídides el Homero de su hazaña, inmortalizada en el diálogo trágico.

Hemos dicho que Tucídides encuentra en la voluntad de poder, modo de ser propio de la naturaleza humana considerada bajo la formalidad de la vida en sociedad, una realidad última del mundo político.

"Tucídides expresa repetidamente la idea de que el destino de los hombres y de los pueblos se repite porque la naturaleza del hombre es siempre la misma. Es exactamente lo contrario de lo que hoy denominamos ordinariamente conciencia histórica. Para la conciencia histórica nada se repite en la historia. El acaecer histórico es absolutamente individual, y en la vida individual no se da la repetición. El pensamiento griego aspira siempre al conocimiento general. El axioma de Tucídides según el cual el destino de los hombres y de los pueblos se repite, no significa así, el nacimiento de la conciencia histórica en el sentido unilateral moderno. Su historia, en lugar de entregarse simplemente al acaecer individual y a lo extraño y diferente, aspira al conocimiento de leyes universales y permanentes. Esta actitud espiritual es la que da a la exposición histórica de Tucídides el encanto de su imperecedera actualidad". (Jaeger).

Desde Grecia hasta la Ilustración, el pensamiento occidental confió en la naturaleza humana como substracto último de lo histórico. Con los precursores del romanticismo se produjo el brusco viraje y el siglo XIX abjuró de toda generalización sobre lo humano. En lo que va de esta centuria es manifiesto que se ha iniciado el descenso del péndulo: reconociendo el positivo aporte del historicismo, se afirma y se esboza un humanismo ejemplar.

La "vuelta de Tucídides" no significa hoy remontar la corriente. Y si en el humanismo clásico ha habido aportes permanentes capaces de perdurar sobre todo relativismo histórico, ninguno más buceador de honduras, más invariablemente confirmado por la experiencia que el del historiador ateniense. Y si ha habido época que diera base para esa confirmación, ninguna más que la que atravesamos.

MENTOR.

DEL CAMPO

gia —constituían un "deber" para el fuerte y un "derecho" inalienable del débil, basado todo en la existencia de los vínculos de la familia, es decir en la "Caridad" ordenada por Dios.

Ahora bien, es cosa corirente que cuando fallan los resortes de la familia se suplan con otra cosa: llámesele "Previsión Social" o de cualquier otro modo. Y es un hecho que a menor solidez del vínculo familiar mayor profusión de "obras sociales", de "cajas de previsión" y de "seguros" de todas clases. *¿Qué pensar entonces de la familia en este país nuestro en que el Estado se cree obligado a asegurar a todo el mundo?*

No creemos, sin embargo, que el sentido patriarcal esté ya tan desvencijado en el campo como para justificar la intervención del Estado. Por lo contrario, estamos convencidos de que *en nuestros campos quedan todavía suficientes elementos como para reintegrar la familia a esa función que es especialmente suyos: la "Previsión Social".*

Además de los argumentos de orden moral que acabamos de dar, adversos a la jubilación del hombre de campo por el Estado, existe otro, económico y muy poderoso: es la continua desvalorización que sufren las monedas, y causa de que, indefectiblemente, cada 20 ó 30 años, se duplique —traducido en pesos de curso legal— el costo de la vida. *Vale decir que los pesos que entregue hoy un buen hombre al "Instituto Nacional de Previsión Social", le serán devueltos luego por la mitad.* Es una estafa legal, e inevitable. En todas partes del mundo sucede lo mismo.

¿Entonces? Entonces seguiremos así, de fracaso en fracaso, mientras los hombres, cegados por su soberbia, continúen empeñados en construir una sociedad "garantida contra todo riesgo", puramente material, sin alma.

PABLO HARY (HIJO).

(1) Nótese que no hablamos aquí de la industria ni del comercio donde la situación es distinta.

Escaneado con CamScanner

EL VIENTO

I

Llegó una mañanita de septiembre batiendo las palmas con alegría de chiquillo que ha logrado escapar de la escuela.

—¿Quién eres? le preguntaban los árboles viejos del monte.

—¿Quién eres? le preguntaban los arbustos todavía entredormidos de los jardines.

Pero él continuaba calle adelante por los pueblecitos veraniegos o por los estrechos senderillos del valle.

¿—No me conocéis? gritaba. Soy el hermano menor de la Primavera.

Apenas si tocaba con su pie el suelo y a cada paso hacía una travesura. Se colgaba de las verjas de hierro dando tirones a las secas y ennegrecidas guías de las muertas enredaderas. Suspendido de las ramitas más finas y altas golpeaba las puertas de las axilas y se esforzaba en abrir los botones con sus uñitas de nácar. (Las gemas le oían y trataban de asomar sus cabecitas de un verde inocente e ingenuo). Más allá se tiraba al suelo, loco de risa, y removía la tierra haciendo camino a las semillas y besándolas con su aliento húmedo tan fresco y suave como el roce aterciopelado de una manita de niño. O entraba por las abiertas ventanas de las casas y se quedaba quieto en un hilo de sol, sobre los floreros vacíos, inundándolo todo del bienestar y tibieza de su propia respiración infantil.

De pronto, el pueblo, el valle y toda la sierra se cubrió de flores que se mecían blandamente sobre unos brazos invisibles cara al cielo azul, tan puro y tan hondo.

¿No me conocéis gritaba el viento. Soy el hermano menor de la primavera.

II

Con el transcurso de los meses, el sol, que se levantaba cada día más temprano, ponía resplandores de oro en las hermosas criaturas de sus provincias vegetales, y un viento adolescente, rendido a la dulce pereza del verano se tendía en el mar del campo verde para dormirse embriagado con el perfume de las islas de colores, a la sombra alta y redonda de los árboles. Pero conservaba todavía su afán veleidoso, su genio inquieto de antes. Después de un corto paseo matinal y gimnástico se entretenía en acariciar las flores con un oxígeno caliente que encendía sus mejillas y desparramaba pólenes dorados como un imperceptible mensaje de estrellas. Las rosas pomposas, las dalias, poligonales y grandes como barriletes eran suyas. Suyos eran también las amarillas santamarías de la sierra y la flor del durazno pronta a cuajar en frutas dulcísimas. Pero el sol que madura las formas, parecía agriar su carácter. Tenía ausencias prolongadas durante las cuales la tierra entera apenas si se atrevía a respirar, clavada como la mariposa por los alfileres de un sol entomólogo. Se excusaba diciendo que ya era persona mayor y tenía que trabajar, pero nadie sabía a dónde iba ni qué hacía. Retomaba con brusquedad, con resuello de toro, entre nubes de polvo, como los potros. Cuando no dormía aledado, de un manotazo arrancaba una ola de perfume a las flores o se entretenía en perseguir al águila en la altura para revolverle con soplos de fragua la bien peinada magnificencia de las plumas. Y era temible cuando se escondía entre las nubes del ocaso espeluznado en la luz de los rayos y el fragor de los truenos y la espesa cabellera de la lluvia.

POETICA

1. —Sencillo y hondo. Poseído
por la quietud y el íntimo mirarse
de las cosas. Abierto el universo
en su total frescura de presencia.

2. —Universal y puro. No en los límites
del paisaje sonoro. Por lo inteligible,
lírico y eterno. Y en la esencia
sólo el primer misterio.

3. —Desnudo de palabras. Desprendido,
con lo que es. Vidente
para ser alabanza en lo que fluye,
por interior tiniebla, sin imágenes.

4. —Y en un canto demiúrgico descubre
la hermosura y el ritmo,
por pasiva experiencia transformante.

CARLOS A. DISANDRO

CORRESPONDENCIA

CARTA DEL Cgo. ARTURO PEREZ

A continuación, publicamos la siguiente carta del Canónigo Luis Arturo Pérez, de Santiago de Chile, en la que el distinguido eclesiástico comenta los artículos de Mons. Gustavo J. Franceschi, aparecidos en "Criterio" bajo el título, "Maritain, Embajador ante la Santa Sede". —

Santiago, 7 de Mayo de 1945.

Señor Doctor Pbro. Julio Meinvielle.

Buenos Aires.

Distinguido Señor:

Una vez más tengo el agrado de manifestarle mi agradecimiento por el envío de su interesante periódico "Nuestro Tiempo" y expresarle la complacencia con que, en compañía de amigos, leemos sus sustanciosos, bien documentados y tan ortodoxos artículos de actualidad, los que confortan en estos días de tanta debilidad de doctrina y confusión de ideas.

Debo, además, agradecerle muy vivamente la gentileza que Ud. ha usado conmigo, al reproducir, sin tener obligación, algún artículo mío, suplendo así la lealtad que ha faltado en otra revista de Buenos Aires que no podría calificar, como modelo de esa cualidad.

Han llegado a mi poder algunos números de "Criterio", en que su Director, tratando materias similares a las aquí discutidas, me hace objeto de algunas críticas.

Me será permitido, *sólo por esa circunstancia de haber sido aludido*, hacer algunas observaciones a esos artículos.

No entraré a tratar a fondo la cuestión, la que ha sido suficientemente dilucidada por un cura chileno (?) en la carta abierta que dirigió a Mons. Franceschi y que espero haya llegado a su poder. (*)

Me llama la atención el título uniforme e impresionante de los tres largos artículos de Monseñor.

El nombramiento del Señor Maritain, como embajador ante la Santa Sede, ha sido recibido, al menos aquí, con júbilo por sus discípulos y por los que no lo somos sin gloria, ni pena; hasta ahí, en su derecho están unos y otros. Pero, los primeros, tanto en Chile, como en Buenos Aires, según veo, pretenden dar a esta designación otro carácter; para unos, algo optimistas, de aprobación sin reservas de sus doctrinas; para otros, más prudentes, de "certificado de no reprobación". Entre estos últimos se coloca Mons. Franceschi.

Me parece que unos y otros se extralimitan en la apreciación de este hecho. En efecto, que la aceptación no implica aprobación de doctrinas, es de evidencia primaria; ha habido y hay ante la Santa Sede embajadores que vienen de todas las latitudes doctrinarias, cismáticos, protestantes, aún paganos... creo que basta...

En cuanto al "certificado de no reprobación"... ¿no le suena esta frase a aquello que los juristas llaman "absolver posiciones"?... si la Santa Sede acepta, no reprueba; si no acepta, reprueba...

Me parece que no se sigue ni lo uno, ni lo otro. La discusión que en todo el mundo se va generalizando sobre Maritain es hasta hoy *una cuestión abierta;* la Santa Sede deja en libertad a los escritores para que estudien y critiquen sus doctrinas.

Si esta es la situación ¿no es apremiar, no es forzar el pensamiento de la Santa Sede el aventurarse a sacar tal conclusión de un hecho, de una premisa que *en sí* no la contiene?

Con razón el curita de campo (?) recordó a Monseñor que no era la mejor lógica aquella: *post hoc, ergo per hoc.*

Pero, dada la actualidad de estas ideas, arguye Monseñor, no se podrían ignorar en el Vaticano las confusiones que se seguirían. Yo respondería que se confunde el que está predispuesto a las confusiones.

Yo respondería que también está de actualidad una doctrina que se llama pintorescamente "socialismo católico"; el Embajador de mi país, de Chile, ante el Vaticano pertenece a esa escuela; ¿se seguirá de este hecho también que la Santa Sede da "certificado de no reprobación" al "socialismo católico"?

Con la lógica de Mons. Franceschi, no cabe duda...

En cambio, si tomamos el hilo de la otra punta, se podría, con algo de más lógica, sacar una conclusión no del todo favorable a Maritain; ya que un Embajador en general representa con más fidelidad la tendencia y doctrina *de aquel que lo envía que la de aquel ante quien es enviado.* Maritain va al Vaticano de la Francia de hoy, de la Francia en que acaba de obtener un triunfo resonante la izquierda comunista-socialista. Creo que también hasta.

La lectura de los tres artículos que Mons. Franceschi ha dedicado a Maritain me hacen la impresión, no de un estudio crítico bajo ningún aspecto, sino más bien de un panegírico.

Los largos acápites, sacados con selección de las obras del filósofo, merecerían un sitio en una antología; han sido bien escogidos; en general, el panegirista coloca al escritor del lado que los fotógrafos dichos llaman "el favorecido" que tiene toda persona; hay gran cuidado en que no se escapen en estos trozos selectos nada que lastime la ortodoxia y aún, cuando toca uno de los puntos neurálgicos de este asunto, el relacionado con el liberalismo teológico, toma Monseñor la prudente precaución de ni mencionar siquiera el capítulo "La sociedad vitalmente cristiana" del libro "Los derechos del hombre", objeto de esta discusión, capítulo en el cual el filósofo se ha abierto con una claridad que no es habitual en él.

Tenemos, pues, así que con título tan resonante "Maritain, Embajador ante la Santa Sede", con selección tan expurgada de sus obras, nos presenta a un filósofo, modelo de ortodoxia, casi a un nuevo Padre de la Iglesia que bien merece admiración y reverencia... Aunque ella no sea tan exagerada, como la que le guardaban ciertos seminaristas, estudiantes de teología, que se des-

Escaneado con CamScanner

SOMBRA INACABADA

Aquel luto de amor que me fué dado
—hasta anoche distancia y humareda—
fatigando reliquias, hoy se enreda
de nuevo entre mi sangre y mi cuidado.

Se repite ante mí, recomenzado,
con un silencio de doliente greda,
para impedirme lo que se conceda
en esta voz que apenas me ha nombrado,

Y lo siento morder. Sobre mis hojas,
desatando una lluvia de congojas,
ya lo siento, con sombra, con espino.

Y entretanto, oh paso encadenado,
aquella voz que apenas me ha nombrado,
se recuesta vencida en el camino.

JORGE VOCOS LESCANO.

III

Con los primeros fríos del otoño el sol fué acortando sus visitas, reduciéndose a las horas imprescindibles para acabar de dorar las manzanas, el naranjal, de las quintas y el parral casero. El viento también asomaba pocas veces, pretextando trabajos que le rendían ganancias ópimas o cansancio prematuro y miedo del frío. Había olvidado a las flores este hombre maduro, preocupado y cadente que hablaba siempre de oro con recia voz de tabaco. Un día se sentó en una piedra del jardín y sacó unas monedas amarillas, como si no tuviera otro sitio para acariciar su tesoro. Las flores del jardín se avergonzaron y las hojas de la parra se pusieron también amarillas como las monedas y comenzaron a caer al suelo. Cuando cundió la noticia el valle esmeralda se cubrió de oro en una gama variadísima de tonalidades y matices que iban del bronce más de fuego al amarillo más blanquecino. Una luz vivísima que no procedía del cielo sino subía de la tierra deslumbró al viento solitario que loco de avaricia comenzó a pintar el oro en grandes brazadas, arrastrando las hojas, trepando a los árboles para desprenderlas, corriendo de aquí para allá, envolviéndose, hundiéndose, precipitándose en aquella fantasmagórica opulencia, en aquel tesoro magnífico ¡Cuántos días y cuántas noches —las noches también—, anduvo así errante por toda la sierra, por todas las cosas!

IV

Ya no era más que un viejo lobo solitario, cansado y vencido. Llegó el invierno, un invierno de hielo. De hielo era la nieve que ponía caperuzas blancas a los mogotes, de hielo el sol cristalino que aparecía bien entrada la mañana, de hielo la escarcha que llevaba cada mañana en las junturas de las cosas, de hielo la lluvia que caía impecable. El viento era también una cosa blanca, quebradiza, delgada y cortante, como el hielo o el vidrio.

Tenía la barba blanca, los ojos blancos, los labios blancos. Ya no cantaba, ya no reía. Día y noche el frío que penetraba hasta sus cuevas ignoradas, le obligaba a salir huyendo de quebrada en quebrada, de casa en casa, de pueblo en pueblo. Silbaba. Rugía. Y este viejo viento era cruel. Hacía restallar su largo látigo en las mejillas de las flores, y como había ya pocas, se entretenía en buscarlas en los menores rincones de los jardines, en la abrigada quebrancia de las peñas. La oración tranquila de los árboles que elevaba al cielo sus ramas peladas le volvía furioso y silbando en ellas trocaba su ruego en abullido. Los pobres niños, flores humanas, se arrebujaban en sus camitas oyéndole y tiritaban hasta en la misma médula de sus huecos. Y el viejo loco se detenía a forzar las puertas, ansioso de devorar el fuego, de apagar las luces, de levantar los techos. No había comerciantes en aquellas noches lúgubres, ni pájaros ni vida.

Pero él era vida también, aunque loca y mala, y un día cesó de bullir, cayó muerto sobre el campo como hubiera podido caer una sábana abandonada.

Y sobre el cadáver del viento la última rosa del año, una rosa amarilla y pálida; dejó caer, uno a uno, como un rosario, el maravilloso esplendor de sus pétalos.

V

Así es el hombre y su pasión. Como el viento.

LUIS GOROSITO HEREDIA

...rubrian, alzando el birrete con toda seriedad, al pronunciar su nombre...

Para el gran público, el que no ha tenido tiempo o paciencia para leer las obras del filósofo, la presentación es admirable, queda tranquilo y convencido. Para ese público superficial, los que criticamos a Maritain somos unos expurga-frases que, en ratos de ociosidad, hemos encontrado en una producción de 30 volúmenes y 6 mil páginas, unas comas de más o unos acentos de menos, y ante ellos hemos gritado a escándalo.

La táctica de Monseñor no me extraña; es la misma que han empleado acá los defensores de Maritain: recalcar con vivos colores la parte buena que nadie discute y... cortina de humo sobre la otra.

Yo me permitiría pedir, por su autorizado intermedio, a Mons. Franceschi que, dejando a un lado el panegirico —el que, refiriéndose a lo inobjetable, todos compartimos—, se concrete a la cuestión; que tome en sus manos el libro "Los derechos del hombre"; que lea el capítulo "La sociedad vitalmente cristiana"; que lea las páginas 148, 150, 152 y 152 del libro "Problemas espirituales" y que, recordando la doctrina católica enseñada en nuestros seminarios, reproducida en las Encíclicas "*Quanta cura*", "*Immortale Dei*" y "*Libertas*" y en las proposiciones 55, 77, 78 y 79 del *Syllabus*, sobre libertad de cultos y separación de Iglesia del Estado, principios fundamentales para constituir la sociedad ideal cristiana, se sirva decirme si puede ponerlos de acuerdo.

Yo le preguntaría si puede deshacer la concomitancia, analogía y casi identidad de principios fundamentales de Maritain con el silbisismo, como Ud. tan brillante y documentadamente lo ha demostrado.

Yo le ruego hacerle saber que son "estas comas de más y estos acentos de menos" —¡qué comas y qué acentos!— los que están en disrmión y no otra cosa; que si logra poner en ortodoxia tales "comas y acentos", yo sería el primero, aunque modesto, en suscribir su panegírico; pero, que, por favor, no huya por la tangente...

Para cumplir esta tarea, tiene Monseñor una ventaja a su favor, la claridad de ideas de Maritain.

Porque —no está demás señalarlo— tiene Maritain, como Ud. lo había observado, a veces una claridad impresionante; corta a cincel sus ideas; pero, esto acontece cuando pisa en terreno firme, en buena ortodoxia; de ahí, sus frases, como apotegmas, que circulan por el mundo. En cambio, es oscuro, oscilante, lleno de subterfugios, distingos y contra-distingos, cuando trata de hacer pasar *contrabando de ideas*.

Pero, hay una excepción, la que favorece a Mons. Franceschi en este caso; cuando trata de su famosa "concepción pluralista", —aunque en sus primeras obras "su verdad" iba pasando, diluída, disfrazada—, en el capítulo de "Los derechos del hombre", "su verdad" se le ha escapado; ese capítulo es un modelo de claridad. Y es precisamente *este capítulo*, claro, trasparente, el que sus defensores —Mons. Franceschi en Buenos Aires, Don Rafael Luis Gumucio en Chile— rehusan discutir...

¿Por qué?

¿Por qué, si en tal capítulo brilla la claridad y la precisión de las ideas; si en él y sobre él se concentra la crítica a su ortodoxia, sus defensores prescinden de él, como si no existiera?

¿Acaso, porque lo consideran indefendible, porque honradamente ante él no cabría otra cosa que *la retractación?*

Muy dura palabra ciertamente es esta para un hombre del prestigio intelectual de Maritain. Ya en la carta que *ab irato* me escribió (carta que con fruición reprodujo Monseñor en "Criterio" sin mi respuesta completa) dió el filósofo algún paso atrás, lo que yo oportunamente señalé; pero, fué aquel un paso en que aún quedá muy lejos de la línea.

Aquí, en mi país, sus discípulos han hecho esfuerzos dignos de Argos para colocarlo en la línea. No han dado resultados.

Puede ser que Monseñor sea más afortunado y que, sin necesidad de retractación, dé ortodoxia a esos capítulos.

Por lo que a mí alcanza, no veo claro tal empresa; pues, si desaparecen esos principios, desaparece "su creación", su "nueva cristiandad". Es elemental. No puede haber *nueva* cristiandad, sino con principios *nuevos* que la constituyan; si los principios son los mismos que han existido, no habrá *nueva* cristiandad, sino *la* cristiandad, *la de siempre*, de ayer, hoy y mañana, que no cambia, sino que se restaura. Ahora bien, uno de los pilares de la "nueva cristiandad", construcción suya, es esa "ciudad laica vitalmente cristiana" o ese "Estado laico cristianamente constituído" que en nada se diferencia del liberalismo de Montalembert y sus discípulos, enunciado en el principio "Iglesia libre dentro del Estado libre", cuya mejor realización la ha dado la democracia norteamericana, tan admirada por Maritain.

Destruiría "su obra" de filósofo-político.

Celebro sobremanera que Mons. Franceschi haya tratado en su apología pro-Maritain de la orientación doctrinariamente filosófica que debe tener la actividad política práctica de hoy día.

Reconoce Maritain que "la filosofía política, siendo como es desde un comienzo ordenada a la acción, exige que se vaya hasta la extrema frontera práctica de la acción práctica".

Y su apologista agrega: "en momentos tan perturbadores, como los actuales, en que la actividad política práctica ha menester de una orientación doctrinariamente filosófica, debe el filósofo inclinarse sobre ella para dictarle las normas sanas de labor y señalarle la meta inmediata hacia la que debe tender".

Cualquier hijo de vecino, dotado de sentido común, entiende que *aquel* que "exige que se vaya hasta la extrema frontera práctica de la acción", que *aquel* que "dicta las normas sanas de labor y señala la meta inmediata", es un político, aunque sea filósofo; es decir, es un filósofo-político.

Se hace política, lo mismo desde el escritorio de una secretaría política que del escritorio de un filósofo que da "normas y metas" y aún política de más alcance pue-

Escaneado con CamScanner

de hacer éste que aquél; los ejemplos abundan: Rousseau, Comte, Lamennais, Marx, Engels...

Pues bien, Maritain ha hecho política, Maritain hace política, Maritain es político.

Ha tomado colocación firme, intransigente, de actitudes iracundas, contra los partidos que hoy se llaman de derecha.

Para él, tales formaciones políticas contienen el "puro cinismo" y los hombres que a ellas pertenecen son los que aman la injusticia; "el hombre puro de derecha detesta la justicia y la caridad, pretiriendo siempre la injusticia al desorden", Son sus palabras en "Carta sobre la independencia".

Cualquier hijo de vecino, dotado de sentido común, entiende, entonces, que el filósofo-político, "dictando normas sanas de labor inmediata", exige a sus discípulos aversión, repudio, repugnancia, hacia los partidos de derecha, por él fulminados.

Hasta aquí, me parece que la lógica no tiene de qué quejarse.

El filósofo-político, anatematizando a la derecha, se coloca, pues, de "leader" del izquierdismo católico (1).

Sus discípulos, por su parte, entienden "las normas sanas" del maestro y constituyen partidos organizados, repudiando, como él, sistemáticamente todo lo que sabe a derecha y llegando hasta "la extrema frontera práctica de acción", como les enseña su mentor, en el dilema insalvable en que está colocada la acción política hoy día en los países libres, actúan al lado de la izquierda, del brazo con socialistas y comunistas. ¿Tiene algo de qué quejarse la lógica? Avancemos un poco más.

Tales partidos, organizados *ad mentem* del filósofo, tienen que actuar; entre tantas actividades, la más grave y trascendental es la lucha eleccionaria.

En las elecciones, pues, actúan, como izquierdistas. La lógica sigue bien.

Llega en un país —me refiero al mío— una campaña presidencial, de capital importancia en una constitución que establece régimen presidencial; los discípulos de Maritain obran con lógica y el resultado de esta lógica es el triunfo de un gobierno del Frente Popular.

La acción positiva de unos y negativa de otros, de los discípulos de Maritain, en una situación de equilibrio de fuerzas de derecha y de izquierda, fué lo que dió en Chile el poder al Frente Popular.

El político, desde su escritorio de filósofo, creó un Frente Popular. *Quod est causa causae est causa causati.* La lógica es implacable.

¡Ciertamente que no es muy honroso para un católico, para un mentor del pensamiento católico, haber dado a luz tal creatura!

Y aquí es en donde la lógica se quiebra.

Cuando se señala al político su obra, una de las aplicaciones de "sus normas", una de las "fronteras extremas" a que sus discípulos han llegado, no acepta responsabilidad, la lógica se corta a medio camino, el político se nos escapa. "Yo no soy político, dice, soy filósofo". "El filósofo no debe penetrar en el dominio del flujo de las circunstancias". "Eso es la técnica"... y su apologista Mons. Franceschi descubre, para escucharlo, aquella sutil, casi diría infantil, distinción entre *tiers parti* y *troisième parti*... "*el tiers parti* constituye una actitud política, dice, no un partido político".

Mas, fué esa actitud, *ese tiers parti*, el que convertido por la fuerza implacable de la lógica en partido, en *troisième parti*, creó un frente Popular y... puede crear otros...

Siempre me ha llamado la atención la discordancia en este filósofo entre sus principios y sus aplicaciones.

La buena doctrina no teme a las consecuencias, las lleva con gozo hasta los límites extremos.

Maritain teme ser consecuente.

Esta es, a mi juicio, una prueba palmaria, como una confesión, de la debilidad de su doctrina política.

Cuando me entrevisté con él en París de 1939, le expresé los resultados que estaban dando sus ideas políticas; le expuse que esa aversión agria, iracunda, hacia la derecha, producía la tendencia izquierdizante y que ya podía ver un fruto, un Frente Popular, creado por la acción decisiva de sus discípulos.

Pretendió, en respuesta, sostener la legitimidad de un catolicismo de izquierda.

Le di no pocas razones para demostrarle la antítesis de esos términos; catolicismo son principios que sostienen la civilización cristiana; izquierdismo son principios que la destruyen o modifican substancialmente; izquierdismo son doctrinas, encarnadas en partidos (laicismo, ateísmo, racionalismo, masonería) taxativamente condenados por la Iglesia.

No insistió; mas, en el acto sacudió su responsabilidad, asilándose en su torre de marfil: "soy filósofo, no político".

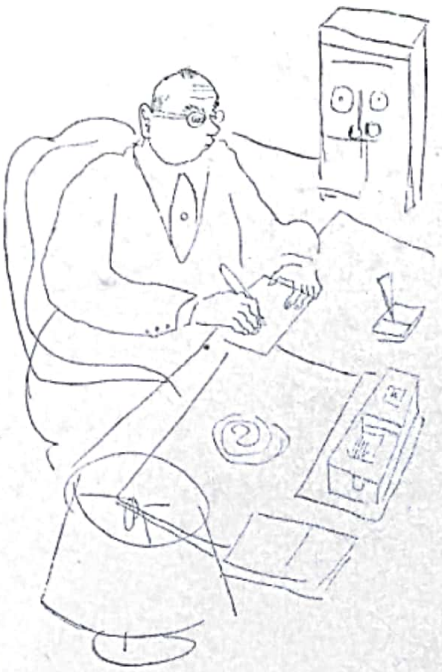
Le hice notar las relaciones de causa a efecto y las responsabilidades que traen.

Se refugió, por último, en un rincón curioso. "Si sus doctrinas eran mal interpretadas (1) ¿por qué los Obispos no enmendaban rumbos?" Le expliqué los serios motivos que impedían en ese momento tal intervención; no obstante, le agregué, esto no disminuye su responsabilidad; en un incendio el responsable es el que prende una mecha; Ud. declina la responsabilidad en los bomberos que no lo apagaron.

Así, Maritain rehuye la responsabilidad consecuencial de sus doctrinas políticas, prueba palmaria de la debilidad de ellas.

Esto no es extraño; es una característica en la difusión de *los errores difundos*; cuando se hace una mixtura de la verdad con el error, no se pueden afrontar las consecuencias extremas; llega un momento en que, en las aplicaciones, las concesiones hechas al error hacen en tal forma a la verdad que ésta no lo puede soportar.

De ahí las inconsecuencias de estos "católicos de nuevo cuño"; el maestro se detiene en mitad del camino y se va a las nubes: "soy filósofo"; también toman esta vía los discípulos. Mons. Franceschi entre ellos: "mi maestro responde de las actividades, de las doctrinas, *tiers parti*, nos dice, no de los partidos, no de las acciones electorales, *troisième parti*"; más, a uno y a otros la lógica los persigue implacablemente, enrostrándoles que no es, ni puede ser *buena doctrina*, aquella que se esconde, que es inconsecuente.



Termino esta larga carta en que no he pretendido tratar a fondo la cuestión, sino ciertos aspectos circunstanciales de ella, recordando que no le faltaba razón a ese modesto curita chileno (?) quien, replicando a Monseñor, al señalarle finamente el rebelón doctrinario, o algo peor, que se ha dado, le hacía notar que en estas andanzas preferible es un francés a medias a una lógica a medias.

Muy atentamente saluda al Señor Doctor.

LUIS ARTURO PÉREZ
Canónigo de la Cat. de Santiago

---

(1) El 3 de Enero de este año, el cable dió esta información, aparecida en el Observatore Romano, órgano autorizado del Vaticano: "En contestación a muchas preguntas recibidas, *tenemos autorización* para declarar que *los principios y tendencias de los llamados "cristianos de izquierda"*, no obstante, su determinación de cristianos, *están reñidos con las enseñanzas de la Iglesia* y consecuentemente sus dirigentes no tienen derecho de hablar, como representantes de ideología cristiana y sostener que aquellos católicos que desean el verdadero bienestar del pueblo deben adherir a su movimiento."

(*) Se refiere el autor a la "Carta abierta a Monseñor Gustavo Franceschi" que firma un "Curita chileno", fechada en Concepción el 15 de abril de 1945 y publicada en "El Diario Ilustrado" de Santiago de Chile el 19 de abril del mismo año.

IGLESIA Y ESTADO

CONCEPTO CATOLICO

En el número 29 hemos reproducido del excelente libro "La Iglesia y el Estado" del P. Mateo Liberatore S. J. el capítulo sobre "el liberalismo". Hoy reproducimos del mismo el capítulo donde se expone la doctrina católica sobre esta materia. (N. de la D.).

En el capítulo precedente hemos considerado el triple concepto liberal acerca de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, y hemos visto cuán absurdo era, ya en el sentido del liberalismo absoluto, ya en el sentido del liberalismo moderado, ya en el sentido de los católico-liberales. Para que la división sea adecuada, nos conviene ahora detenernos algún tanto a considerar el concepto de los católicos a secas.

I

El Catolicismo puro reprueba las tres indicadas explicaciones. Reprueba la supremacía del Estado, como que se funda en la negación de Cristo, de la inmortalidad del alma, de la existencia misma de Dios. Reprueba la independencia absoluta del Estado, como quiera que se funda en la negación de la unidad de Dios y admite un necio dualismo. Reprueba, en fin, la separación, aunque sea práctica, entre el Estado y la Iglesia, como perniciosa inconsecuencia fundada en la disidencia entre la ejecución y la teoría, entre el ordenamiento humano y el intento divino. Sostiene la necesidad de la armonía entre el Estado y la Iglesia; pero la necesidad de una armonía que proceda de la subordinación del uno a la otra; sin esto, aquella palabra quedaría vacía de sentido; pues la concordia y la paz no son sino la permanencia del orden, y el orden no puede conseguirse si las cosas no se disponen según la exigencia de sus recíprocas relaciones.

Que esta doctrina sea común entre los católicos lo afirma expresamente el eximio Suárez, el cual, después de haber establecido esta tesis: "Debemos afirmar que la potestad eclesiástica es, no solamente en sí más noble, sino también superior, y que tiene a sí subordinada y sujeta a la potestad civil", añade: "Esta conclusión es cierta y común entre los católicos". Y en prueba de esta su afirmación, forma un largo catálogo de teólogos y de Pontífices, con cuya enseñanza debe ciertamente conformarse todo el que quiera tener, no sólo el nombre, sino también la realidad de católico. En otro lugar reproduciremos no pocas de aquellas autoridades; mas por ahora, contentémonos con recordar solamente dos de entre ellas, la de un doctor y la de un Pontífice.

Santo Tomás, en el primer libro de *Regimine principum*, razona de esta manera: "El fin de la muchedumbre asociada es el vivir virtuosamente, pues que los hombres que se unen en comunidad civil, a fin de obtener de ella la protección para vivir bien, y el vivir bien para el hombre, no es otra cosa que vivir según la virtud. Mas este fin no puede ser absolutamente el último; puesto que el hombre, atendida el alma inmortal, está destinado a la buenaventuranza eterna, y la sociedad instituída en provecho del hombre, no puede prescindir de aquello que es su bien supremo. No es, pues, el último fin de la asociación humana la vida virtuosa, sino el llegar por medio de una vida de virtudes a la felicidad sempiterna. Ahora bien el que guía y conduce a la consecución de la eterna bienaventuranza, no es otro que Jesucristo, el cual encomendó este cuidado aquí en la tierra, no a los príncipes seculares, sino al Sacerdocio por él instituído, y principalmente el Sumo Sacerdote, a su Vicario el Romano Pontífice. Luego al Sacerdocio cristiano y principalmente al Romano Pontífice, deben estar subordinados todos los gobernantes civiles del pueblo cristiano; pues a aquel a quien pertenece el cuidado del fin último, deben estar subordinados aquellos a quienes pertenece el cuidado de los fines próximos o intermedios.

Este razonamiento es clarísimo e irrefragable. ¿Cuál de sus proposiciones pudiera negarse? ¿Por ventura aquella en que se dice que el fin de la comunidad civil, consiste en la vida virtuosa? Pero para eso sería preciso negar o que la sociedad haya sido instituída para el bien de los hombres asociados o que el bien principal de los hombres asociados, aquel por consiguiente que respecto a los otros tiene consideración de fin, consista en la virtud. Sino que, aún negada la referida proposición no se adelantaría nada, siendo, como es, evidentísimo, que cualquier fin que se pretenda asignar a la asociación civil, debe estar siempre subordinado al fin último de la vida futura, si es que no se quiere convertir al hombre en una bestia, sin otro fin que el bienestar de la vida presente. Y asentado ya que el fin civil está por su naturaleza subordinado al fin religioso, ¿quién no ve la necesaria consecuencia de que, el poder que conduce hacia el primero debe estar subordinado al poder que guía al segundo?

Vemos ahora de qué manera expone la misma verdad un Sumo Pontífice. Sea este Bonifacio VIII, el cual, más expresamente que ningún otro, la ha proclamado en su Bula dogmática: *Unam sanctam Ecclesiam*. El Padre Santo comienza por establecer la unidad de la Iglesia, de esta grande y universal sociedad, en la que no forman sino un solo cuerpo, todos los que creen en Jesucristo. Después añade "que este cuerpo único ha de tener una sola cabeza, y que esta cabeza invisiblemente es Jesucristo, y visiblemente su Vicario en la tierra el romano Pontífice, a quien el mismo Jesucristo encomendó el oficio de supremo Pastor de su Iglesia".

Si una sola es la cabeza, a ella es necesario que esté sometido todo cuanto se encuentre en este cuerpo, o a él de cualquier manera pertenezca. "La espada temporal, pues, símbolo de la potestad civil, conviene que esté subordinada a la espada espiritual, símbolo de la potestad eclesiástica. Esto es lo que indispensablemente requieren el recto orden y la debida relación de las cosas, de las cuales es ley divina que las ínfimas estén sometidas a las medianas, y las medianas a las superiores. Ahora bien; nadie ignora que la potestad espiritual supera tanto en nobleza y en importancia a cualquier potestad terrena, cuanto los intereses espirituales aventajan a los temporales".

Esta sentencia es terminante, y ninguno que quiera ser sincero católico puede recusarla. Mas aparte de la autoridad es también convincentísima la razón que adduce; pues solamente a un necio le ocurriría pensar que derivando de Dios tanto la autoridad espiritual como la temporal, hayan sido establecidas sin orden entre sí, o lo que es peor, hayan sido establecidas con tal desorden, que la más noble, esto es, la espiritual, estuviese a la temporal sometida. *Quae a Deo sunt, ordinatae sunt.* Y es igualmente inconcebible a la razón el que los hombres asociados, formando un solo cuerpo (ya que la personalidad humana es una y no puede dividirse en dos), no tengan en último resultado una sola cabeza suprema de que dependa la suprema dirección, a la cual sea preciso que dependa la suprema dirección secundaria. Sin esto que se conforme toda dirección secundaria. Sin esto, no podría seguirse otra cosa que perturbaciones y confusiones: *Unum corpus, unum caput. Oportet igitur gladium esse sub gladio, et temporalem auctoritatem spirituali subjici protestati.*

II

"El principal fundamento de esta verdad (así expone el mismo argumento el eximio Suárez) lo suministran la razón y la autoridad de consuno; puesto que se saca de la unidad de la Iglesia de Cristo Señor Nuestro, significada suficientemente en el Evangelio y aclarada por San Pablo en su primera carta a los de Corinto, donde dice: *Todos nosotros como un solo cuerpo estamos bautizados.* Y a los romanos: *Aunque somos muchos,*

Escaneado con CamScanner

somos *un solo cuerpo en Jesucristo*. La misma repite a los de Efeso y con frecuencia en otros lugares. Luego Cristo Señor Nuestro, instituyó la Iglesia como un solo reino espiritual, en donde haya un solo rey y príncipe espiritual. Luego, es necesario que a él le esté sujeta la potestad temporal como el cuerpo está sujeto al espíritu. Con cuyo ejemplo explica San Gregorio Nacianceno, en su dicimoséptimo sermón al pueblo, la subordinación entre las dos potestades. Y con mucha razón; pues así como el hombre no estaría debidamente formado si el cuerpo no estuviera subordinado al alma, así la Iglesia no estaría convenientemente establecida, si la potestad temporal no estuviese sujeta a la espiritual. Donde hay un solo cuerpo conviene que haya una sola cabeza con la que de algún modo se relacione todo cuanto al cuerpo pertenece; de otra manera no podrían encontrarse ni la paz, ni la unidad perfecta. Es así que la Iglesia de Cristo, como hemos dicho, es un solo cuerpo; luego, por más que haya en él diversos poderes y magistrados, es necesario que todos tengan subordinación entre ellos y así de algún modo quede la jefatura en uno solo. Luego, o la potestad espiritual está subordinada a la temporal, o viceversa. Lo primero no puede tener lugar, porque como dice el Papa Bonifacio, fundando su argumento en palabras de San Pablo, *las cosas de Dios están ordenadas*, y el orden estaría invertido, si lo que pertenece al orden espiritual, estuviese sometido a lo que pertenece al orden temporal. Luego hay que aceptar la segunda parte de la disyuntiva propuesta".

"Un nuevo argumento suministra el que los Pontífices deben dar cuenta a Dios aún de las almas de los gobernantes y dirigirlas con su autoridad. Con aquellas palabras, *apacienta mis ovejas*, hasta los reyes y los emperadores fueron sometidos a Pedro, pues también ellos están comprendidos en el redil de Cristo. Luego también deben ser apacentados y regidos por Pedro; pues ya dejamos arriba explicado, que en la palabra *apacentar* está también contenida la potestad de regir. Y no vale decir que se entiende solamente del régimen espiritual, pues, al contrario, la norma del régimen temporal, para que este sea recto y honesto, debe ser espiritual. Luego es necesario, que la potestad de regir en las cosas temporales, sea regulada por la espiritual, lo que vale tanto como estar a ella subordinada y sujeta. Y de este modo han de dar cuenta los Pontífices, de los reyes y de los emperadores, en cuanto a ellos atañe el corregirlos y el enmendar todo aquello en que pecaren, no sólo como hombre, sino también como gobernantes en el uso de la potestad".

Y puesto que se ha hecho aquí nuevamente mención del símil del cuerpo respecto al alma, plácenos referir la bellísima manera como lo explana Belarmino. "Como están, dice, relacionados entre sí en el hombre, el espíritu y la carne, así están aquellos dos poderes en la Iglesia. Pues la carne y el espíritu, vienen a ser como dos repúblicas, que ora se encuentran separadas, ora unidas. La carne tiene el sentido y los instintos a los cuales corresponden actos y objetos proporcionados, y cuyo fin inmediato es la salud y el bienestar del cuerpo. El espíritu, tiene el entendimiento y la voluntad, y actos y objetos a ellos proporcionados, y tiene por fin, la salud y la perfección del alma. Encuéntrase la carne sin el espíritu en el bruto, y se halla el espíritu sin la carne en el ángel. De donde aparece, que ninguno de los dos ha sido hecho precisamente para el otro.

"La carne, sin embargo, se encuentra unida al espíritu en el hombre, en el cual, como que constituyen una sola persona, tienen necesariamente entre sí subordinación y enlace. La carne está subordinada y el espíritu preside; y aún cuando el espíritu no se mezcle en las acciones de la carne, sino que la deja que ejercite sus actos, según que son propios de la animalidad; sin embargo, cuando estos perjudican al fin del espíritu, el espíritu manda a la carne y la reprime, y si es necesario la prescribe ayunos y otras mortificaciones, aún con cierto detrimento y debilitación del cuerpo, y obliga a la lengua a callar y a los ojos a que no miren. Y de igual manera, si para conseguir el fin espiritual, es necesaria algún operación de la carne, y hasta la muerte, el espíritu puede mandar a la carne que a semejante prueba se exponga a sí misma y todas sus cosas, como vemos que ha sucedido en los mártires.

"De análoga manera, el poder político tiene sus príncipes, sus leyes, sus tribunales, etc.; e igualmente el poder eclesiástico tiene sus Obispos, sus canones y sus juicios. Aquel tiene por fin, la paz temporal; este la vida eterna. Pueden encontrarse separados como en tiempos de los Apóstoles; y pueden hallarse unidos como ahora. Estando unidos forman un solo cuerpo; empero deben estar enlazados de tal manera, que, la potestad inferior esté sujeta y subordinada a la superior. Y no por esto se mezcla la potestad espiritual en los negocios temporales sino que les deja desenvolverse libremente como antes con tal que no dañen al fin espiritual y no sean necesarios para su consecución. Cuanto esto aconseja, puede y debe la potestad espiritual reclamar y sujetar a la potestad temporal, por cuantos modos y por cuantas vías apareciere necesario". No se podía con mayor lucidez exponer la distinción y la independencia relativa del poder civil en lo que respecta puramente a la esfera de lo temporal, así como su dependencia del poder espiritual, cuando estas cosas temporales tocan de cualquier modo a las espirituales.

III

Por otro camino podemos arribar a la demostración de la misma verdad, argumentando sobre la naturaleza de la Iglesia y sobre la obligación que todo hombre tiene de reconocer y admitir el hecho sobrenatural de la redención y de la revelación divina. La Iglesia es una sociedad universal instituida independientemente del siglo, por sola la autoridad divina, y fuera de la cual nadie puede esperar salvación. He aquí las palabras que usó Jesucristo al enviar a sus Apóstoles a establecerla por

todo el mundo: "Toda potestad me ha sido dada en el cielo y en la tierra; id, *pues*, y enseñad a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándolas a observar todas las cosas que os he mandado".

Aquí está expresa, en primer lugar, el absoluto y universal dominio que Cristo tiene, en virtud de la unión hipostática de su naturaleza humana con el Verbo Eterno; por lo cual así como es verdadero hombre, así es también verdadero Dios. Por eso justamente es llamado por el Apóstol San Pablo, Rey de los Reyes y Señor de los que dominan: *Rex Regum et Dominus Dominantium*. En segundo lugar está expresa la Independencia de la Iglesia de toda potestad mundana; pues que Jesucristo envía los Apóstoles y les encarga de afiliar bajo su estandarte, por medio del bautismo, a las gentes todas, dándoles al efecto la potestad de publicar el Evangelio por todas partes en virtud tan sólo de aquel absoluto y universal dominio suyo que le ha sido comunicado por el Eterno Padre. Póngase diligente atención en aquel *pues* por medio del cual enlaza con el antecedente el consiguiente. *Data est mihi omnis potestas in coelo et in terra. Euntes ergo docete omnes gentes*. La misión y la autoridad son dadas por El a los Apóstoles como consecuencia sólo de su autoridad propia. Por lo cual en otro lugar se expresa de este modo: *Sicut misit me Pater et ego mitto vos*; cuya frase es todavía más enérgica, porque compara la misión de los Apóstoles con la del mismo Jesucristo.

En tercer lugar está expresa allí la obediencia impuesta a los creyentes en orden a todas las cosas que Cristo había prescrito a los Apóstoles, entre las cuales se hallaba ciertamente el ejercicio encomendado a aquellos de ligar y desligar las conciencias y el oficio dado a Pedro, de supremo Pastor y rector de los fieles. Todo hombre a quien llegue la suficiente noticia de esta predicación apostólica tiene estricto deber de adherirse a ella, so pena de condenación eterna; lo cual, a más de que se sigue de lo trascrito poco ha, se halla claramente afirmado en el postrer capítulo del Evangelio de San Marcos, donde dice a los Apóstoles: "Marchando por todo el mundo predicad el Evangelio a toda criatura. El que creyere y recibiere el bautismo (es decir, entrare en la Iglesia de la que el bautismo es la puerta) será salvo; mas el que no creyere será condenado".

En cuarto lugar, el mundo entero es asignado como territorio de la Iglesia: *euntes in mundum universum*, y todas las gentes son sometidas a su magisterio, *docete omnes gentes*; lo cual podía hacer con perfecto derecho Jesucristo, verdadero Dios, puesto que *Domini est terra, et plenitudo ejus, orbis terrarum et universi qui habitant in eo*. La Iglesia, pues, está constituída como sociedad universal y suprema; suprema por el fin sobrenatural para el que es guía y faro; suprema por el principio divino de donde inmediatamente procede; suprema por la condición de su potestad, que es mero retoño y derivación directa del poder mismo de Dios. En ella entran individuos y naciones, y los unos y las otras están sometidos a la ley de Cristo, la cual es aplicada y explicada por órgano de los sagrados pastores, y principalmente del supremo entre ellos, que aquí en la tierra ocupa el lugar de Pedro y hace las veces de Cristo.

Y no tendría ningún valor contra esto la distinción que se pretendiese hacer entre los individuos y el Estado. La obligación que afecta a los primeros afecta igualmente al segundo. ¿Qué cosa es, en efecto, el Estado? El Estado puede tomarse, o por toda entera la sociedad civil, o por una parte de ella, esto es, aquella en quien reside la autoridad ordenadora de la muchedumbre. En el primer sentido abraza a todos, gobernados y gobernantes; y si todos tienen la obligación de entrar en la Iglesia y de someterse a su creencia, *qui non crediderit condemnabitur*, es claro que semejante obligación comprende al Estado, siendo como es absurdo que una cosa afecte a cada una de las partes, y no afecte al todo. ¿Pues qué otra cosa es el todo sino el compuesto y la agregación de las partes?

Tampoco vale decir que aquella obligación pesa sobre cada una de las partes de la sociedad civil en cuanto son personas individuales y no en cuanto son miembros del cuerpo social. Pues semejante distinción, valdría si se tratara de adscribirse a cualquier sociedad que se refiriese a un solo ramo de la actividad humana, como sería una sociedad científica o industrial, que por consecuencia suelen designarse con el nombre de sociedad imperfecta o colegio. Pero en manera alguna tiene lugar aquí donde se trata de entrar en una sociedad que tiene relación con toda entera la actividad y personalidad del hombre, como es exactamente la Iglesia, que por eso lleva el nombre de sociedad completa y perfecta. La Iglesia no ha sido instituída para ayudar a conseguir un fin particular, como sería, por ejemplo, la ciencia o el aumento de la riqueza, sino para dirigir al fin universal y supremo de toda la vida humana, el cual precisamente, porque es universal y supremo, tiene derecho e influencia sobre todos los fines secundarios en cuanto están con él enlazados, puesto que se extiende a todo el hombre considerado como ente moral.

De donde se sigue que todo lo que pertenece al hombre es susceptible de ser arreglado por la Iglesia mediante la ley divina, bajo el aspecto en que los actos de ese hombre pueden oponerse o son necesarios a la consecución de la salud eterna. El creyente entra en esta gran sociedad consigo todo entero y con todas las relaciones de que está rodeado, bajo las cuales sus obras revisten carácter de moralidad, y tienen, por consiguiente, relación al fin último. Allá entra el soldado con sus armas, el jurisconsulto con sus códigos, el escritor con su pluma, el profesor con su cátedra, el rey con su corona, el padre de familia con su cetro doméstico, el ciudadano en general con todas sus relaciones sociales. En orden a todo esto, las acciones humanas, si revisten dignidad moral, no pueden sustraerse a la suprema ley reguladora de toda moralidad, cual es la ley evangélica de que la Iglesia es intérprete y ejecutora. ¿O habremos de establecer en el mismo hombre indivisible dos imputabilidades y dos conciencias?

A la misma conclusión se llega si se toma el Estado en el segundo sentido, pues que el gobernante, como tal, no es para sí mismo sino para la muchedumbre gobernada. Por lo cual debe conformar su acción de tal manera, que responda a la conveniencia y al bienestar de los súbditos, y no les impida, sino que les facilite el cumplimiento de los propios deberes y el fin a que tienden en cuanto hombres. Si, pues, esta conveniencia y este bienestar y el grito del deber en ellos induce sujeción y obediencia a la Iglesia, no puede el gobernante prescindir de esta consideración al ordenar y dirigir el movimiento social de sus subordinados.

Y esto, como se ve, naciendo del concepto mismo de persona pública y ordenadora del humano consorcio, debe tener lugar en cualquier Estado, aún cuando por acaso el gobernante fuera hereje. ¿Cuánto más donde el gobernante es católico? Este está sujeto a la ley y al ordenamiento de Dios, no sólo como hombre, sino también como príncipe: bajo uno y otro concepto debe responder de sus acciones al Juez Supremo. *Dixisti peccata Caroli, dic modo peccata Caesaris*, que le decía perfectamente Soto a Carlos V.

.....

Y contrayéndonos a nuestro asunto, el Estado puede sin duda de hecho separarse de la Iglesia. Pero, ¿qué le sucede por ello? Lo que acontece a la carne separada del espíritu que de humana se convierte en bestial: así también el Estado adquirirá independencia, pero perdera nobleza: alcanzara independencia, mas la independencia que los sentidos alcanzan en el bruto. No le quedará ya otro fin que el de la vida presente, considerado por sí solo como bien supremo y absoluto; lo cual no puede conducir sino a la total disolución de las costumbres y a la opresión civil de los pueblos. *Todos los que te abandonan, serán confundidos; y los que de ti se apartan, serán inscriptos en la tierra*. Se convertirá en lo que fué el Estado pagano, no afianzado más que sobre la fuerza. La esclavitud volverá poco a poco de nuevo bajo el mentido nombre de libertad. Ni aún siquiera se igualará al Estado pagano, pues que el Estado pagano, sin la Iglesia, se asemejaba al bruto, pero el Estado moderno se asemejaría al cadáver, porque separándose de la Iglesia, se separaría del espíritu, de quien antes recibía la vida. Además, el Estado pagano estaba solo sin competidor en el mundo, y podía por eso de cualquier modo conservarse en paz; pero después de la aparición del Cristianismo, el imperio de la fuerza tiene en frente de sí un nuevo imperio del que, aún con los auxilios que reclame del infierno, no podrá jamás desembarazarse: *Reino que no se disipará nunca*. En vano se esforzará por usurparle el derecho: *Reino que no será entregado a otro pueblo*.

Una vez instituída por Jesucristo la Iglesia, necesariamente dos distintos poderes deben regir al mundo; el eclesiástico y el civil. Y estos no pueden estar entre sí en otra relación, sino en aquella que nace de su propia naturaleza y del plan divino; relación que, como hemos visto, no puede ser otra sino la subordinación del segundo al primero. El inventar sistemas para romperla no puede tener otro resultado que excitar nuevamente la guerra entre ambos; guerra hecha por una parte con el hierro, con las persecuciones y con los estragos, y por la otra parte con la paciencia, con el sufrimiento y con el martirio. Mas esta guerra, aunque reñida con armas tan desiguales, no puede concluir de otro modo que con el triunfo del reino que ha de durar para siempre. Si se levanta nuevamente el coloso, la piedra desprendida del monte le quebrantará nuevamente: *Comminuet et consumet universa regna haec, et ipsum stabit in aeternum*.

Se replicará: "Pero los católico-liberales no piensan así, y, sin embargo, en muchos casos son hombres de fe pura y ferviente; ni puede decirse que yerren por ignorancia, pues hay muchos entre ellos adornados de talento y de ciencia. — ¿Qué quereis que os respondamos? Nosotros tenemos la misión de esclarecer y defender la verdad, y según nuestras débiles fuerzas tratamos de cumplirla; mas la de conciliar las ajenas contradicciones, esa nadie nos la ha encomendado hasta ahora y aún cuando nos fuere encomendada no sabríamos cómo llenarla.

Escaneado con CamScanner

ITINERARIUM

Una revista de alto bordo espiritual han dado a conocer en el curso de estos días los Padres Franciscanos de la Provincia de la Asunción de la Santísima Virgen (Argentina). *Itinerarium* la ilustre palabra del latín medioeval, que repetida tantas veces en los estudios teológimos más antiguos, adquiere, al fenecer el siglo XIII y en el libro homónimo de San Buenaventura, resonancias casi divinas, es el nombre que los Padres Franciscanos han estampado en la carátula de su bella publicación.

Viene esta revista a llenar no un vacío, como suele decirse, sino un lugar inédito en las letras nacionales. La periodicidad, bimestral un tanto vasta con que esta publicación irá apareciendo, justifícase excepcionalmente en mérito a la doble y altísima calidad —intelectual y artística— que distingue al primer número de *Itinerarium*.

A lo largo de sus distintas secciones, ornadas con admirables dibujos de Ballester Peña, puede el lector adquirir hondos y provechosos conocimientos. Puede, también, de tanto en tanto, y si es capaz, detenerse en la lectura contemplativa de algunos grandes textos espirituales.

NUESTRO TIEMPO

RESEÑA DE LECTURAS

INDICE GENERAL DEL AÑO 1945

EDITORIALES Y NOTAS

NUESTRO TIEMPO:
Ante el hecho, XXIX, 25.
A los jóvenes, XXXV, 73.
Cómo es la realidad, XXXI, 44.
Convivencia en lo nacional, XXVIII, 17.
Drieu La Rochelle, XXVII, 14.
El desenlace de la guerra, XXXIII, 57.
El muerto no falta a la cita, XXX, 36.
Esta semana santa, XXIX, 28.
Euforia de pusilánimes, XXXIV, 66.
La Argentina y América, XXVII, 12.
La Beatificación de Roosevelt, XXX, 30.
La Conferencia de San Francisco, XXXII, 49.
La corrección inglesa, XXXIV, 72.
La Palabra del Papa, XXXI, 41.
Lo de Ayer, hoy, XXVI, 1.
Marcha hacia la esclavitud, XXXIV, 65.
Muertes paralelas, XXXIII, 58.
Valores civiles, XXXI, 41.

ARTÍCULOS

BARCALLÓ, JUAN MIGUEL:
Consideraciones sobre la Unidad, XXXII, 53.
CASTELLANI, S. J., LEONARDO:
Anécdotas periodísticas, XXVII, 14.
Sobrinos y política, XXVIII, 20.
Sobrinos y teología, XXIX, 28.
DINANDRO, CARLOS A.:
La vida intelectual y la liturgia, XXX, 38.
ESTRADA, JOSÉ M. DE:
Ideas y Razones, XXXV, 80.
Sobre la paz, XXXIII, 58.
ESTRADA, SANTIAGO DE:
En la Ascención del Señor, XXXIII, 58.
La Iglesia y la República de Platón, XXVI, 4.
Los guerreros de Platón y los Caballeros de Cristo, XXVII, 11.
Pentecostés, XXXIV, 70.
Poder y Sabiduría, XXVIII, 18.
Reflexiones sobre el Anticristo, XXXII, 52.
San Gregorio VII, XXXV, 80.
San Hermenegildo, XXX, 36.
San León, el Grande, XXX, 27.
Santo Toribio de Mogrovejo, XXXI, 46.
EZCURRA MEDRANO, ALBERTO:
La Religión Humanitaria, XXXV, 74.
ETCHECOPAR, MÁXIMO:
Clase Dirigente y Estado, XXXII, 52.
Ideología y Realidad en la historia argentina, XXXIII, 62.
GARCÍA MARTÍNEZ, J. A.:
Aproximación inicial a Dostoievsky, XXVIII, 22.
GORGATTO HEREDIA, LUIS:
El Viento, XXXV, 81.
MANDRONI, HÉCTOR:
Llegando donde retorna el camino, XXIX, 26.
MEINVIELLE, JULIO:
Concepto de civilización cristiana, XXXI, 42.
Filosofía de la Democracia, XXVI, 1.
La Civilización y la supremacía de la Iglesia, XXXII, 50.
La Civilización y la Maternidad de la Iglesia, XXXIII, 60.
La Gran Seducción, XXVII, 9.
Los dos pueblos del gran seductor, XXVIII, 18.
Sin la Iglesia no puede haber verdadera civilización, XXX, 34.
Unidad de la civilización cristiana, XXXIV, 68.
PFEIFER, ENRIQUE MIGUEL:
Leyenda a Hilaire Belloc, XXXI, 48.
SÁNCHEZ SORONDO, MARCELO:
Sociedad y Sociedad política, XXVII, 12.

POESÍAS

DIRANDRO, CARLOS A.:
Poética, XXXV, 84.
ECHEVERRICABAY, MIGUEL A.:
Cántico, XXVI, 6.
FOYÁ, CONDE DE:
Romance al Rey Muerto, XXVII, 12.
GORGATTO HEREDIA, LUIS:
Esperanza, XXXII, 52.
L. DE LUMEN:
Balada de la luna de marzo, XXXIV, 68.
ORTEGANO, CARLOS:
Ausencia, XXX, 37; XXXV, 80.
SCHIAVO, HORACIO:
Soneto, XXXII, 53.
VELEZ LEZCANO, JORGE:
Sombra inacabada, XXXV, 84.

COMENTARIOS

ANTOGNI, MARIO:
Un punto suspendido en el espacio, XXVI, 7.
Un paladín de Europa, XXXI, 45.
Horrible confusión, XXXV, 76.
CLAUDIUS:
Progreso indefinido, XXVI, 6.
DIN:
Al pasar..., XXXIV, 66; XXXV, 76.
D. D. T.:
Hormiguitas prácticas, XXX, 37.
H. A.
Normalidad de la enseñanza, XXXI, 46.
HARY, PAUL:
Problemas del Campo: La Previsión social, XXXV, 82.
HELÍ, SAL DE LA TIERRA:
Sobre un fraile pacífico, XXVIII, 20.
J. M.:
Libertad, XXXIII, 59.
Schibboleth, XXXII, 55.
Una nueva teología, XXXI, 46.
M. A.:
Italia, fuera de combate, XXVIII, 21.
N. L.:
Salvado por el gong, XXXIII, 59.
SANSOVO:
Vida y Milagros, XXXIII, 64; XXXIV, 72; XXXV, 76.
SPECTATOR:
Llamado al orden, XXVIII, 20.
TRULY YOURS:
Respuesta a Aguirre Cámara, XXXIV, 67.
UNIVERSITARIO:
Desquiciamiento de la Universidad, XXXII, 56.

TRANSCRIPCIONES

BENEDICTO XV:
Encíclica "Pacem Dei munus", XXXII, 54.
ESQUIÚ, FRAY MAMERTO:
De Ayer para hoy, XXXI, 47.
LIBERATORE, S. J., MATEO:
Condición de la Iglesia respecto del Estado, XXIX, 30; XXXV, 87.
LOPE DE VEGA:
Espera, pues y escucha..., XXVIII, 28.
PAPINI, GIOVANNI:
Amor o muerte, XXXV, 78.
PÉREZ, CGO. LUIS A.:
Carta abierta a Jacques Maritain, XXVII, 15.
PÍO VI:
Alocución con motivo de la muerte de Luis XVI. (Traducción de Josefina P. de Tufró), XXX, 38.
AUTORES VARIOS:
La Redondez de la tierra, XXXIII, 64.

CORRESPONDENCIA

PÉREZ, CGO. LUIS A.:
Carta respecto a un artículo de Mons. Franceschi, XXXV, 81.
PINTO, O. P., MARIO AGUSTÍN, XXVIII, 24.

ECONOMÍA

B. S.:
Mensaje del Ministro de Hacienda, XXVII, 15.
ABÁN ESMIT:
Mentalidad colonial, XXXI, 46.

TEATRO Y CINE

A. E. B.:
Aguas Tenebrosas, XXVI, 8.
C. M.:
Gas Light, XXXI, 47.
SPACHI, HÉRCULES:
El Aviso, XXXI, 47.

RESEÑA DE LECTURA

MENTOR:
Lecturas y Relecturas, XXIX, 29; XXXV, 82.
MONTEMAYOR (H.), MARIANO J.:
Revista Javeriana, XXVIII, 24.
NUESTRO TIEMPO:
Itinerarium, XXXV, 88.

ILUSTRACIONES

BALLESTER PEÑA, JUAN A.:
Carátula de la primera página de todos los números.
Dibujos y viñetas: XXVII, 10, 11, 12, 13; XXIII, 18, 21, 23; XXIX, 26, 27, 28, 29; XXX, 24, 36; XXXII, 50, 51; XXXIII, 62 y 63; XXXV, 83, 84, 85, 87 y 88.
CANTILO, JOSÉ M.:
Viñetas: XXVI, 6, 7 y 8; XXVIII, 24; XXXII, 56.
FORNIELES, FRANCISCO S.:
XXVI, 2 y 3; XXXI, 42, 43, 44, 45; XXXII, 52, 53, 54, 55; XXXIII, 58, 59, 60, 61; XXXIV, 66, 67, 70, 71; XXXV, 75, 76, 79 y 80.

La dirección artística y el diagramado de la Revista estuvo a cargo de Francisco S. Forníeles.

NUESTRO TIEMPO

Revista de orientación tradicional

Sarmiento 930 6.º B — Buenos Aires

Los 35 números publicados semanalmente desde el 30 de junio de 1944, pueden ser adquiridos, encuadernados, en el local de esta redacción, durante el corriente año.

Precio del tomo de 292 páginas encuadernado: $ 25,—

BUENOS AIRES, VIERNES 25 DE MAYO DE 1945 — AÑO 2 — Nº. 35

Escaneado con CamScanner